

A person's silhouette is seen from behind, looking out a large window at a city skyline. The Empire State Building is the most prominent structure on the left. The sky is overcast and grey. The text 'Un encuentro casual' is overlaid in a yellow, cursive font in the upper half of the image.

*Un encuentro
casual*

Ana Agudo

Un encuentro casual

ANA AGUDO

Copyright © 2020 Ana Agudo

Todos los derechos reservados

DEDICATORIA

Todos tenemos un sueño y nunca es tarde para cumplirlo.

A ti, querido lector, te animo a que sigas luchando para hacerlo realidad.

TABLA DE CONTENIDOS

Dedicatoria	iii
Agradecimientos	vi
Capítulo 1	1
Capítulo 2	10
Capítulo 3	21
Capítulo 4	26
Capítulo 5	52
Capítulo 6	60
Capítulo 7	71
Capítulo 8	81
Capítulo 9	86
Capítulo 10	90
Capítulo 11	96
Capítulo 12	101
Capítulo 13	107
Capítulo 14	114
Capítulo 15	125
Capítulo 16	131
Capítulo 17	136
Capítulo 18	150
Capítulo 19	158
Capítulo 20	162
Capítulo 21	166
Capítulo 22	170
Capítulo 23	177
Capítulo 24	182
Capítulo 25	190
Capítulo 26	195
Capítulo 27	201
Acerca del Autor	205

AGRADECIMIENTOS

Por tus consejos. Por tu apoyo incondicional. Por creer en mí cuando ni siquiera yo lo hacía. Por ayudarme en las adversidades. Por ser como eres. Por estar.

Gracias, siempre, mamá.

A mis compañeras de tabique y traficantes de levadura, por vuestro apoyo en esta pequeña locura. Por esos mensajes de WhatsApp en los que me transmitíais vuestra preocupación por Nuria y Julia. Fuisteis la motivación para continuar tecleando.

Gracias, amigas

El fuerte dolor de cabeza hizo que Nuria cerrara los ojos tan sólo una décima de segundo después de abrirlos. Intentó incorporarse a la vez que se echaba las manos a la cabeza. O al menos lo intentó, pues algo las sujetaba firmemente. Abrió nuevamente los ojos ignorando el pinchazo en su frente y no vio nada. Todo estaba oscuro. Intentó forzar la vista, que sus ojos se acostumbraran a esa negrura e intentar atisbar algo. Nada. Todo seguía oculto a sus sentidos. Empezó a notar un hormiguelo en los dedos, cada vez le costaba más llevar aire a sus pulmones, una gran presión se lo impedía. A cada inspiración sentía como sus oídos empezaban a pitar tenuemente, ganando intensidad según la ansiedad iba creciendo en su interior.

Una semana antes.

—Julia, me dice mamá que no vas a poder venir estas navidades.

Lo cual no me extraña nada. Y es que desde que mi hermana se marchó a Estados Unidos con 18 años recién cumplidos siguiendo a su novio, el Crápula, la relación entre ellas empezó a resentirse. Además, cuando a los dos meses la dejó porque iba a ser padre con otra, mamá creyó que recuperaría a su pequeña. Pero no, ella decidió continuar allí. Al poco, mientras estudiaba un curso de informática y trabajaba en una tienda de *cupcakes*, conoció al Profident, un corredor de bolsa que tenía los dientes más blancos del mundo gracias a las carillas que se ponía cada dos meses, ya que se le estropeaban a una velocidad de vértigo de tanto frotárselos con *coca*, cosa de la que nos enteramos cuando la exigua cuenta corriente de Julia iba haciéndose más y más delgada, además de la sospechosa desaparición de los pocos objetos de valor que tenía en casa. En ese momento mamá pensó que regresaría asustada y escarmentada. Mas volvió a equivocarse. Julia se hizo más desconfiada. Decidió que nunca más la manipularía nadie. Quería convertirse en el karma. Y vaya si lo consiguió. Se hizo una experta de la informática en su acepción más oscura. Se hizo un hueco en ese submundo donde la información es poder, donde por unos miles de dólares podías saber, por ejemplo, las horas que un tío anodino de la ciudad de Probo en Utah se pasaba delante del ordenador viendo porno, si se la cascaba con la izquierda o si se fumaba después un piti (en su caso, Marlboro). Era capaz de encontrar los trapos más sucios de cualquiera, siguiendo la pista del dinero usado para comprar droga, manipulando cámaras de seguridad, en fin, controlaba todo aquello que estuviera conectado a una red. Era la mejor. Lógicamente a mamá le horrorizó saber a lo que se dedicaba su hija pequeña, no era algo de lo que pudiera pavonearse delante de sus amigas en sus partidas de bridge dominicales, y por ello el hilo que las conectaba prácticamente se rompió. Sin embargo, y para cierto alivio de nuestra madre, pues parecía una olla exprés a punto de reventar, hace dos años que mi hermana decidió dar un nuevo giro en su vida. Tomó el macuto, apagó el teléfono tan sólo después de una escueta llamada en la que me dijo “hermanita, necesito desconectar. Ya te volveré a llamar”, y tres semanas después en una nueva llamada aseguró estar “limpia” y comenzó a trabajar en una

pequeña empresa de publicidad llevándoles todo el tema de redes sociales.

—No Nuri. —Sólo a ella le permito que utilice ese diminutivo—. Créeme que querría ir para verte, pero ahora mismo no puedo pedir días libres. Estamos a tope con la campaña de publicidad de los Hoteles Hyatt, tenemos que entregarla en enero y nos estamos pillando los dedos con los plazos.

—Lo comprendo, no obstante, te echo terriblemente de menos. ¿Cuánto hace que no nos vemos?

—Dos años, cuatro meses y... —Julia guarda silencio momentáneamente mientras yo sonrío.

—Y 5 horas exactas —termino diciendo yo provocándola una carcajada.

—¿Tanto hace que mamá se casó con el Viudo? —pregunta sorprendida Julia.

—Sí, y quizá deberíamos empezar a cambiarle el nombre a Tomás, ¿no crees?

—Tal vez, podríamos llamarle Job.

—¿Por su paciencia infinita con mamá?

—Y por su abultada cartera. No te olvides que el santo era un tipo rico. Posiblemente de esta salga siéndolo aún más, pues la Dramas —nuestra señora madre— es la tentación enviada por el demonio para hacerle caer.

Me empieza a doler la tripa de la risa y las lágrimas asoman en mis ojos. Julia siempre consigue hacerme reír y sorprenderme por partes iguales. ¿De dónde saca tantos datos de temas tan dispares?

—En tal caso creo que no me queda más remedio que acercarte un poco de la magia navideña española, que ahí se os terminan las fiestas muy pronto.

—Oh, Nuri, ¡me encantaría que vinieras! ¿Pero puedes escaparte del trabajo unos días?

—Unos días, unos meses y los años que me vengan en gana.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta preocupada.

—¡Pues que me han echado!

—Eres la jefa —me replica con el típico tono de paciencia contenida más propia de una madre con su hijo pequeño que entre hermanas adultas.

—Un motín.

—Nuriaaaa... —Sólo me llama así (y alargando las aes) cuando pierde la paciencia.

—Vaale, he decidido vender mi parte del negocio a Alfonso. Ya no me sentía realizada allí y bueno, he decidido dar un cambio a mi vida profesional.

—¿Y qué nuevo enfoque le puede dar una fotógrafa? —me pregunta Julia con cierta guasa en la voz.

—Pues que me he cansado de fotografiar siempre caras felices, miradas cómplices, sonrisas impostadas y niños repelentes.

—Es lo que hace una fotógrafa de bodas... ¿qué es lo que no me estás contando Nuri?

Mierda, mi hermana me conoce mejor que nadie y es imposible omitir ningún tipo de información, aunque nos separe un océano entre medias.

—Se casa. —Finalmente claudico.

—¡No me jodas que ha sido capaz de pedirte que le hagas tú el reportaje de su maldita boda! —replica enojada mi hermana.

—Preboda y postboda incluidas —afirmo de repente muy cansada—. Según él soy la mejor y la que mejor los conoce...

—Como para no conoceros. ¡Era tu novio y tu mejor amiga! —replica acalorada Julia.

Ha pasado cinco meses desde que pillé al cabronazo de Raúl con Silvia, en nuestra cama. Se supone que tenía un reportaje con una pareja de novios en Toledo, por lo que iba a pasar gran

parte del día y hasta bien entrada la noche fuera de casa. Sin embargo, por un problema de salud del padrino habían tenido que posponer el enlace. Por tanto, aparecí por el apartamento, en el madrileño barrio de Malasaña, a las calurosas cuatro de la tarde de un 24 de junio. Mientras iba subiendo las estrechas escaleras empecé a oír los jadeos y gritos. Por un momento me detuve en el descansillo del tercero antes de subir al último piso. La mayoría de los vecinos eran ancianitas de pelo blanco o azulado, con puntillas en todas las superficies de sus pequeños pisos (sí, también envolviendo el papel higiénico). Llegué a pensar que alguna pudiera estar siendo objeto de un robo con agresión, por lo que me paré a escuchar y a dejarme guiar por los sonidos. Cuando estos me llevaron a la puerta de mi casa mis neuronas dejaron de conectar entre sí. No podía (o más bien, no quería) asociar esos sonidos a nada en concreto, pero mi corazón se saltó varios latidos por la angustiada anticipación de lo que me iba a encontrar al abrir la puerta.

Restos de comida en la mesita frente al televisor. Una botella de vino vacía. Dos copas. Una de ellas con la marca de un pintalabios rojo. Rojo putón verbenero. Ropa esparcida por el suelo, sofá, muebles. Con el *Fly me to the moon* de Frank Sinatra como banda sonora. Noté una gota de sudor recorrerme la espalda, mientras retorciendo las manos me fui acercando a la habitación que había frente a mí, con la puerta abierta invitándome a pasar. Y ahí estaban, ella encima de él. Como si fuera una película a cámara lenta observé cómo el pelo de ella, rubio y largo e increíblemente liso se agitaba en cada acometida, sus manos sobre el pecho de mi novio, las manos de él acompañando el movimiento de las caderas femeninas, los ojos velados de placer en su cara.

Tan concentrados estaban uno en el otro que no se percataron de mi presencia, y como una intrusa decidí salir despacio y sin hacer ruido de mi casa.

—Ya bueno...digamos que este era el empujoncito para dar un giro a mi vida. Voy a utilizar el dinero ahorrado y viajar con mis cámaras y objetivos, y vender mis imágenes como freelance.

—Me parece genial Nuri, ya sabes que siempre me ha parecido que desaprovechabas tu capacidad de hablar con imágenes. —Y es cierto, cada dos por tres me picaba con su aguijón de avispa cojonera.

—Sí, mamá. —Me burlo.

—¡Eh, un respeto a tus mayores!

—Pero, pero...

—Shhh, emocionalmente soy mayor, y punto en boca. —Y no le falta razón, quizá los golpes sentimentales que le ha dado la vida la han hecho madurar más rápido—. Bueno, y dime, ¿cuándo vienes?

Sólo han pasado tres días desde que hablé con Julia y ya estoy viajando hacia Estados Unidos.

Ella trabaja en Washington, y tiene alquilado un pequeño pero coqueto apartamento de salón-comedor-cocina, mini cuarto de baño, con ducha, y dos habitaciones. Bueno, en realidad es una habitación y un zulo para invitados, lo justo para quedar bien, pero no para que el invitado se apoltrone en casa y se convierta en una visita de larga estancia. Con el sueldo que tiene bien podría permitirse un apartamento algo más grande, en el que quizá no tener por qué llegar a la sartén puesta en el fuego mientras estás sentado en el sofá más alejado de la estancia. A pesar de todo ello, Julia está muy contenta con su apartamento, y es que, desde una de las ventanas, asomando medio cuerpo y escorándote a la derecha puedes llegar a ver en un día claro parte del tejado de la Casa Blanca. Emocionante.

A pesar de las enormes ganas que tengo de verla, he decidido hacer antes una parada en Nueva York, estamos a falta de siete días para Acción de Gracias, y por supuesto, quiero preparar con ella toda la parafernalia típica de dicho día, pero como voy a pasar hasta fin de año con ella, prefiero darle más margen de libertad, para que no se agobie con mi presencia por cumplir con su trabajo y con su hermana mayor. Y también para que yo pueda coger aire y me aguante en los pulmones hasta que pueda salir del zulo. Menos mal que puedo ver la Casa Blanca.

Señoras y Señores pasajeros, vamos a aterrizar en el aeropuerto Internacional JFK de Nueva York, la temperatura... Bueno, pues ya estamos aquí. El vuelo ha sido bastante tranquilo, por suerte no tenía a nadie sentado a mi lado y he podido estirar las piernas, si no se habrían resentido las articulaciones por mi metro ochenta. Sí, soy muy alta. Mi querido padre fue jugador de baloncesto en su juventud, era un chico guapo y rubio que encandilaba a las chicas con sus ojitos azules (que heredó mi hermana). Entonces, en un viaje con sus compañeros a Sevilla conoció a mi madre. Una hermosa morena de verdes ojos (estos me los agencié yo), que con su acento andaluz y su caída de pestañas encandiló a mi padre. Tras un fugaz noviazgo se casaron rápidamente, tan rápido como vine yo al mundo, siete meses después. Contra todo pronóstico de las malas lenguas, fue un matrimonio lleno de amor y complicidad, ampliando la familia con la llegada de mi hermana tres años después. Pero como los dioses no permiten la felicidad completa y por mucho tiempo a los humildes y despreciados humanos, decidieron mandarle una enfermedad a mi padre. Una leucemia que se lo llevó en unos pocos meses. Dejando a una viuda inconsolable y dos hijas pequeñas de cuatro y siete años. Ya han pasado veintiséis años, y aunque su recuerdo se ha ido desvaneciendo, como una imagen granulada en la memoria, lo sigo echando terriblemente de menos.

Tan ensimismada estoy en mis pensamientos que he necesitado que una azafata me instara amablemente a abandonar el avión. Rápidamente me levanto y cojo el abrigo, la bufanda, la

tablet, la maleta con mi cámara y objetivos del compartimento superior y mi bolso bandolera e intento salir con la cabeza gacha del avión, notando cómo mis orejas arden por el apuro que me hace sentir el verme observada por hasta 4 azafatas. Cuando estoy pasando por las cortinillas que separan la clase turista de la preferente noto que mi maleta se ha atorado con un guante que un pasajero ha debido de perder en su, más que probable, apresurada salida. Empiezo a tirar con fuerza del asa de la maleta para que las pequeñas ruedecitas salven el obstáculo, pero el sudor de mis manos provocado por los nervios de saberme la última pasajera en desembarcar y siendo objeto de escrutinio, hace que con un último tirón mi mano se desase del tirador de la maleta. De la inercia, mi mano en forma de puño vuela hacia mi espalda y termina parándose en la cara del tío más guapo y con el ceño más fruncido que he visto en mi vida. Muy bien Nuria, así se liga.

—Uy. Lo siento, yo no quería...la maleta... ¿le duele? ¡Pues claro que le duele! No sabe cómo lo lamento, yo...

Estoy tan abochornada que le he soltado toda mi perorata en español, de lo que me doy cuenta cuando deja de fruncir el ceño, levanta una ceja morena y una sonrisa burlona tira de la comisura de sus bien marcados y finos labios. Ay dios, creo que me he quedado embobada mirándole la boca.

—Lo siento, disculpe el golpe.

Ya todo esto consigo decirlo en inglés mientras obligo a mis ojos a subir a los suyos, pero no sé si es un lugar mejor. Dos ojos negros, profundos y perspicaces me observan fijamente. Creo que voy a empezar a echar humo por las orejas, como en los dibujos animados de Tom y Jerry, del calor que se me ha instalado en las mejillas.

—Disculpen, pero deben desembarcar.

Una azafata delgada, pero con un generoso pecho embutido en el uniforme de Iberia, observa sin pestañear al hombre moreno que tengo delante. La rubia, con dos botones casualmente desabrochados de su camisa, intenta llamar la atención del hombre llenando su pecho de aire, cual gallo en el gallinero y mordiéndose de forma nada sutil su carnoso labio inferior.

—Detrás de usted. —Me indica el macizo, apoyando una mano en mi espalda, casi donde pierde su casto nombre, sin mirar a la azafata. ¡Chúpate esa, barbie!

Caminamos a lo largo del *finger* que conecta el avión con la terminal, ya liberada (o más bien abandonada) del tacto del hombre que anda a mi lado. Lo voy observando por el rabillo del ojo a la par que intento no tropezar con todos mis bártulos. Es bastante más alto que yo, por lo que debe de rondar los dos metros, el traje sastre gris marengo que lleva dejar lucir la calidad del tejido y también la forma en que se amolda a su ancha espalda. Camina de forma firme pero ágil. Seguro de sí mismo. Sólo lleva un abrigo de color marino, que tiene pinta de ser suave cachemira, en un brazo, mientras que con la otra mano arrastra una maleta de piel cuadrada, típica de ejecutivo. En viaje de negocios, con el espacio suficiente para llevar el portátil, un neceser y una muda de cambio. El cabello negro y corto invita a hundir los dedos para comprobar si es tan suave como aparenta a simple vista. En la cuadrada mandíbula se va dibujando la sombra de una incipiente barba. La nariz ligeramente torcida y ancha denota que al menos se la ha roto en una ocasión. Y los ojos...los ojos los tiene fijos en mí. Maldita sea, vaya pillada.

Una vez alcanzado el final de la pasarela de unión del avión con la terminal, y siguiendo las indicaciones hacia la zona de recogida de equipajes, mi acompañante rompe el silencio. En mi mente veo claramente cómo un cuchillo lo corta como si fuera una tarta.

—Señorita... —Uff, tiene una voz tan grave y sensual.

—Atienza —consigo responder con un hilo de voz.

—Señorita Atienza, debo irme rápidamente, pero no quisiera marcharme sin saber si podría volver a verla.

¿Cómo? ¿me quiere ver otra vez? ¿A mí? ¿Una cita? ¿A pesar del puñetazo que le he metido?

—Si promete no volver a pegarme.

¿Es capaz de leerme la mente?

—Sólo voy a estar dos días en Nueva York.

Me está golpeando tan fuerte el corazón en el pecho que creo que es visible a través del jersey de lana que llevo puesto.

—Supongo que podríamos...

Pero lo que “podríamos” hacer se queda en suspenso, su teléfono móvil empieza a sonar, y aunque en un primer momento creo que su intención era la de cortar la llamada, su semblante cambia cuando ve el origen de la llamada. Con un escueto y tirante ¡*Qué!* conmina a su interlocutor a hablar. Ha detenido sus pasos y se ha girado hacia mí, mientras escucha lo que le tengan que decir desde el otro lado de la línea, sus ojos no dejan de observarme. Como una lenta caricia recorre mi cara, mis pechos, mis piernas, y vuelta para arriba. Cuando llega a mis ojos una mirada lasciva se prende de la mía, hasta que tiene que apartarla para ver algo que han debido mandarle por mensaje. Con un escueto *ok* corta la llamada, se guarda el móvil en el bolsillo interior de su americana y con un sonoro suspiro me echa un último vistazo con su sempiterno ceño fruncido, antes de girarse y marcharse, dejándome con las piernas temblando y el corazón encogido por su dura mirada. ¿Pero qué coño le pasa a este tío? Me pregunto entre enfadada y desilusionada.

Inspiro y expiro lentamente un par de veces y me encamino hacia la cintra transportadora donde mi vieja maleta de Hello Kitty dar vueltas sin más acompañamiento que el sonido pesado y ligeramente chirriante de la goma contra el metal.

Agotada, hambrienta y tontamente molesta, (¿por qué molestarme por un tío al que no conozco? *Sí, pero menudo tío* me pincha mi vocecilla interior) llego a la habitación de mi hotel. He decidido hacer un dispendio (muy grande), y gracias a una cancelación de última hora, me alojo en el Ritz-Carlton, frente al siempre maravilloso y enigmático Central Park. Una vez que el botones se marcha cerrando suavemente la puerta, me encuentro una acogedora habitación en tonos tostados y blancos. Tras respirar profundamente, abandono mis manolequinas junto a la puerta. Sí, nunca uso tacones. Por un lado, ya soy bastante alta al natural y no me gusta mirar si todos los hombres con los que me cruzo tienen inicio de alopecia. Y por otro, si lo hiciera, más bien parecería un caballo en una feria de exhibición, pezuña-pezuña escorzo a la izquierda. Sé que me resta cerca de un millón de puntos al ranking de tía sexy y sofisticada, pero prefiero ser una chica anodina en la que nadie se fija a ser objeto de miradas de pena y risa, y con un esguince de regalo. Una vez descalzada, dejo a mis cansados pies que se hundan en la mullida moqueta de la habitación y camino desgarbada hasta dejarme caer boca abajo sobre la cama. Oh, qué blandita y qué bien huele, a algodón y ¿vainilla? Mmmm, podría quedarme dormida así. Pero haciendo un alarde de fuerza de voluntad me giro, alcanzo el teléfono y pido a recepción que me suban un sándwich y una ensalada para cenar. Tras colgar, encamino mis pies hacia el cuarto de baño. Mármol gris y loza blanca me reciben para que me pueda desprender del sudor y del agotamiento tras casi nueve horas de vuelo. A pesar de que la bañera me espera con los brazos abiertos, decido meterme en la ducha, o no podré tomarme mi sándwich caliente.

Tras la ducha y la cena, decido mandar un escueto *WhatsApp* a mi madre para que cuando se despierte, allá para las once de la mañana, sepa que estoy bien y que no tiene de qué preocuparse.

Mando otro a Julia, omitiendo también el encontronazo con mi moreno (he dicho ¿mí?), ya se lo contaré con pelos y señales cuando nos veamos.

Tras ello, me cepillo los dientes y me meto en la cama. Creo que no llego a tocar la almohada cuando ya estoy durmiendo.

Ha amanecido el día bastante nublado y una fina capa de lluvia emborrona las ramas de los árboles de Central Park. Despierto temprano, descansada y llena de energía para moverme por la ciudad con mi cámara en ristre. Me pongo ropa cómoda y un jersey bien gordito para afrontar un día fresquito y húmedo. Encima me coloco un abrigo impermeable para no tener que ir andando con un paraguas, pues imposibilita hacer fotos, aunque sí que meto en mi mochila un protector de lluvia para mi cámara. Pertrechada con todos los bártulos salgo del hotel, me paro en un Starbucks para tomarme un desayuno alto en calorías y echo andar por la Quinta Avenida dirección sur.

No es la primera vez que vengo a Nueva York, pero siempre me atrapa su decadente modernidad, donde se entrelaza el hierro industrial con el moderno cristal, las escaleras de incendios con los ascensores más rápidos, el humo de las alcantarillas con los tacones de aguja, el Moët & Chandon con los pretzels. Sin duda es una ciudad de contrastes que me horroriza y me encanta a partes iguales. Creo que todo depende del estado anímico con el que la contemple.

Paso por delante de Tiffany con mi bagel relleno de jamón y crema de queso y me río por la comparación con la etérea y delicada Audrey Hepburn. Además de ser alta, tengo una constitución fuerte, trabajo muchas horas en el gimnasio para permitirme comer lo que quiera cuando quiera, pero no soy precisamente de hueso fino. Tengo buenas curvas que intento no marcar. Y es que al igual que con los tacones, prefiero llevar ropa no muy ceñida para no ser objeto de miradas, me ponen nerviosa.

Tras unas fotos ante la conocida marca de joyas continúo la marcha, fotografiando la calle atascada y repleta de sus famosos taxis amarillos, a apuradas gentes anónimas con paraguas, éstos en su mayoría negros, que parece que no tienen ni un segundo que perder respirando, a los imponentes y pesados edificios de ladrillo, cemento y cristal. Hasta que llego a la Catedral de Nueva York. Construida en 1879 y de estilo neogótico, se alza estilizada hacia el cielo. A pesar de ser el segundo templo más grande de Norte América y de que sus torres alcanzan más de los 100 metros de altura, da la sensación de ser prisionero entre los edificios que lo rodean.

Saciada la sed de instantáneas de mi cámara, decido atravesar las puertas de la iglesia y adentrarme en la oscuridad de su interior. Sentada en un banco a mitad de la nave principal dejo vagar mi mente. Siempre que entro en una iglesia me rodea una inquietante calma, como si fuera un espejismo, un truco de prestidigitador para atraer al incauto. Mi padre era muy creyente y quizá por ello es por lo que rechazo la religión. Solo contaba con 7 años cuando mi padre nos dejó desamparados a mi madre, a mi hermana y a mí. Siendo pequeña sientes una culpa interna, como si el castigo fuera contra ti, por haber dicho o hecho algo. Cuando fui creciendo el enfado se proyectó hacia el exterior, hacia la medicina y los médicos, por el recuerdo de los tratamientos que dejaban a papá exhausto en la cama. Ya en mi etapa adulta afiancé mi repulsa e inquina contra

aquél a quien devotamente entregó sus esperanzas y elevó unas súplicas que fueron flagrantemente ignoradas.

Triste por el derrotero que me ha llevado mi mente, salgo de la iglesia. Al menos parece que el tiempo quiere ser benigno conmigo y ha decidido parar de llover. Un poco más animada cruzo de acera para toparme con el Rockefeller Center. Engalanado con su pista de patinaje y su gigantesco Árbol de Navidad invita al dispendio y la alegría. Mientras, una larga cola de turistas aguarda para subir al ático del edificio y poder observar la mejor panorámica de Manhattan.

Continúo con mi paseo hacia la Librería Pública de NY y Bryan Park, el cual también luce sus adornos navideños. Cansada por el paseo, compro para llevar una sopa calentita y una porción de pizza en un Pax Wholesome Food, y me siento en la típica silla de metal que puebla el espacio de Bryan Park. Tranquilamente observo a la gente que pasa a mi alrededor. Siempre fotografiando con mis ojos y analizando gestos y movimientos. En su mayoría son trabajadores que, al igual que estoy haciendo yo, paran para tomar algo rápido antes de volver a sus quehaceres. Por lo general, aquí en Manhattan nadie se fija en nadie. Recuerdo que la última vez que estuve en esta ciudad me crucé con un hombre que llevaba un gato sentado en la cabeza, creo que fui la única persona que se giró para mirarlo. Los neoyorkinos son una élite privilegiada que vive en una de las zonas más caras del mundo, con las más exclusivas tiendas, los más aclamados espectáculos, galerías de arte vanguardista... Pero también, desde mi punto de vista, son emocionalmente los más solitarios.

Con los huesos un poco entumecidos decido volver al hotel, pasando rápidamente por la siempre abarrotada y luminosa Times Square, para descansar un poco.

Mientras me abandono en un baño calentito, con unas sales aromáticas que me relajan cuerpo y mente, planeo qué hacer por la tarde. Quizá un paseo por Central Park hasta el edificio Dakota, lugar donde a sus puertas asesinaron a John Lennon, y aprovechar la zona para visitar el Museo de Ciencias Naturales y quizá, si aún me da tiempo, acercarme a la zona de la Ópera. También, podría ir hacia el otro lado del gran parque y entrar en las salas llenas de historia y arte del Metropolitan Museum, lugar donde perderme emocional y literalmente hablando...pero el hilo de mis pensamientos se corta cuando el insistente timbre de mi móvil me llega a través de la puerta cerrada del cuarto de baño. Rápidamente y a riesgo de descalabrarme con el bien pulido mármol del suelo, salgo hacia la habitación y comienzo a rebuscar en mi bandolera, donde pañuelos, cacao para los labios, monedero, pasaporte, smints y hasta una compresa consiguen librarse de su cautiverio antes que el móvil, el cual ya ha dejado de sonar. Cuando, por fin lo tengo en la mano y voy a deslizar el dedo sobre su pantalla para descubrir el remitente de la llamada, éste vuelve a sonar indicándome que es mi madre la que intenta hablar conmigo.

—¡Hola, mamá! Perdona, pero... —Pero me veo interrumpida por su grave voz, obtenida con tesón tras largos años de dependencia a la nicotina—. Menos mal que por fin has decidido contestar a tu pobre madre, aquí yo llamándote...

—Mamá —intento cortarla— estaba bañándome y...

—Y tú pasando de mí. Si ya me decía la Dolores que una vez allí el influjo de tu hermana pequeña te iba a envolver y...

—Estoy en Nueva York, aún no he visto a...

—Yo le decía que eso era impensable, que tú eras una niña muy responsable...

—Ya tengo treinta y tres años como para que me sigas llamando...

—Que no ibas a cambiar y ser como la descarriada de...

—Me lo voy a montar con dos chicas que acabo de conocer...

—Tu hermana. Además, le dije, que el cambio de aires te iba a sentar bien...

—Y estamos esnifando pegamento... —Sigo con mi retahíla como si hablara con el viento.

—Y así a tu vuelta serías capaz de estar más centrada y encontrar...

—Después iniciaremos un ritual satánico...

—Un hombre al que contentar y no dejarlo escapar como con Raúl.

—¿MAMÁ? Disculpa, ¿contentar? ¿Qué quieres decirme con eso? —Parece que el tono de mi voz ha llegado por fin a sus oídos y continente su verborrea.

—Pues cariño, no te lo tomes a mal, pero estabas siempre fuera de casa trabajando y cualquier hombre quiere tener a su mujer cerca y disponible.

—Disponible, ¿para qué, mamá? —Inquiero molesta.

—Ay, Nuria, eres ya mayor, ¿tengo que explicártelo?

—Perdona, mamá, pero me parece inconcebible lo que me estás diciendo. Primero porque deberías estar de mi parte, siempre, independientemente del motivo. Y segundo porque lo que estás diciendo es absolutamente machista.

—¿Machista? ¿Que una mujer se cuida y tenga una vida sexual?

—Sí. Si se cuida o si esa vida sexual es solamente por y para contentar a un hombre —le contesto entre molesta y desilusionada.

Mi madre nunca fue una mujer cariñosa y cercana. Sí que nos dio todo lo que pudimos necesitar, dentro de las limitaciones que una mujer sola con dos hijas podía tener. También nos dio la libertad de actuar conforme nuestras normas, siempre y cuando las repercusiones de nuestros actos las asumiéramos nosotras mismas. Ello nos marcó con un carácter muy independiente. Pero jamás pensé que nuestras diferencias fueran tan notables hasta el día de hoy.

—Nuria, hija...

—No, mamá. Discúlpame, pero en este punto no puedo estar de acuerdo contigo. Ya hablamos en otro momento. Adiós.

Necesito de varios minutos respirando lentamente para tranquilizarme. ¿Cómo es que nunca me había dado cuenta de la forma de pensar de mi madre? ¿Cómo es posible que se haya convertido en una desconocida para mí? Solemos quedar varias veces al mes para tomar el aperitivo o cenar, y es cierto que habitualmente las conversaciones se centraban en sus tratamientos de belleza, su vida social con su grupo de amigas, de los viajes con Tomás. Efectivamente, hasta ahora no había sido consciente de la banalidad de las palabras, de los deseos huecos. Pero entonces, si no puedo contar con mi madre...qué afortunada soy de contar con mi hermana. Decido llamarla, necesito compartir este momento de soledad con ella. Sin embargo, no consigo contactar con ella, cada vez que lo intento salta el buzón de voz. Decido ponerme unas mallas y una camiseta térmica y salir a correr por Central Park. Tras buscar los airpods en la bandolera, salgo de la habitación con ellos en la mano y llamo al ascensor. Justo cuando el tenue timbre avisa de la llegada de este el brazo empieza a vibrarme, donde llevo el móvil atado con una cinta elástica y observo que es mi exsocio Alfonso. Lo saco de la funda (odio hablar con los auriculares puestos, los que lo hacen me parecen locos peligrosos que van hablando solos y gesticulando exageradamente) y descuelgo.

—¡Alfonso, cariño, qué alegría oírte! —le contesto emocionada. Y es que Alfonso es un gran amigo de mi infancia, otro apoyo vital junto a mi hermana Julia.

—Chica, si nos vimos ayer, ¿recuerdas que te llevé al aeropuerto? ¿Por qué tanta efusividad? No me digas que te ha llamado la zorrupia de tu ex.

Alfonso siempre consigue sacarme una sonrisa. Nos conocimos con 3 años en el jardín de infancia, y desde entonces nos volvimos inseparables. Fue interesante crecer teniendo a un chico como mejor amigo, aunque desde bien pronto nos dimos cuenta de que no era como los demás chicos, le gustaban los mismos dibujos que a mí, le encantaba mirar las revistas de moda de su madre, e incluso le robaba la *super pop* a su hermana mayor. Un día, con 11 años, me abrazó y se echó a llorar. Entre hipido e hipido me susurró, como si al decirlo en voz alta fuera a convocar a las furias, “creo que hay algo malo en mí”, a lo que contesté “no hay nada malo, todo tú eres bueno, eres mi mejor amigo, yo estoy contigo”. Veinte minutos y cinco paquetes de pañuelos después me confió su homosexualidad. A lo que repliqué con toda mi inocencia “pues para ti los rubios y para mí los morenos”.

—Noooo, lo he bloqueado —contesto orgullosa de mi hazaña.

—Esa es mi Bella. —Alfonso se enamoró de Bella, de la Bella y la Bestia desde que siendo

niños la vimos en el cine, y desde entonces me llama así cariñosamente—. Pero entonces, ¿qué te ocurre?

Empiezo a relatarle cuando las puertas del ascensor se abren frente a la recepción del hotel. Estoy tan ensimismada en la conversación, explicándole la desazón que me ha invadido tras la llamada de mi madre que no soy consciente del muro de músculos contra el que me choco, y que, si no fuera por los ágiles reflejos de su dueño, estaría besando la impoluta y mullida moqueta del Ritz-Carlton. Un brazo fuerte me sujeta de la cintura mientras un aroma embriagador entra por mis fosas nasales. Ya estoy formulando mis disculpas cuando unos ojos negros me miran fijamente y sin pestañear. Mis mejillas están a punto de entrar en combustión instantánea.

—Señorita Atienza. —Ains, ¿qué tiene esa voz que me acaricia todo el cuerpo?—. ¿Se ha propuesto agredirme cada vez que nos encontremos? Se me ocurren otras formas de estar en contacto —me susurra cerca del oído

Avergonzada por el choque, insegura por su mirada, excitada por su sugerencia y enfadada por su desplante en el aeropuerto, me deshago de su abrazo.

—¿Va a salir corriendo también esta vez? —le espeto imprimiendo un tono áspero a mi voz poco propio de mí. Mientras mi vocecilla interior me chilla *¿estás loca?*

—¡Michael!

Una pelirroja bajita y delgada, pero con una sensualidad que hace que los hombres que pasan por su lado se vuelvan embobados, lo llama con voz cantarina.

—Esta noche, a las ocho en *The River Cafe* —me susurra antes de girarse y marchar con la mujer.

¿Pero qué coño le pasa a este hombre que no sabe decir ni hola ni adiós? “Como si eso fuera una cualidad necesaria en el dios del sexo” me dice mi vocecilla. Recapitulemos. ¿Me ha invitado a cenar? No, me da la sensación de que me lo ordenaba, o que daba por hecho que me presentará (mi desmedida imaginación recrea un perrito haciendo la croqueta a un chasquido de sus dedos). Necesito de un largo minuto para asimilar lo que me acaba de suceder cuando un chillido estridente pero amortiguado sale del teléfono que sostengo en mi mano. ¡Alfonso!

—¡Perdona! —Últimamente se ha convertido en mi palabra favorita, la voy a empezar a desgastar como siga así.

—¿Disculpaaaa? —me chilla Alfonso en el oído—. ¿Me estabas llorando por lo que dice la loca de tu madre y no contando a quién pertenece ese vozarrón que por la escueta conversación deduzco que ya conocías de antes?

—Eh, siéntate, cariño...

Y durante más de cuarenta minutos le cuento con pelos y señales, con mil interrupciones por su parte exigiendo descripciones físicas y comentarios subidos de tono (también cosa suya, bueno, la mayoría de ellos), lo que me ha pasado con el tal Michael desde que aterricé en Nueva York. Mientras hablamos me encamino a la zona del bar del hotel (a la porra el *running*), y tras sentarme en una butaca alta de la barra, me pido un Manhattan (es lo más apropiado, ¿no?).

—¿Y qué hago ahora? —le pregunto angustiada.

—Si está tan buenorro como me lo estoy imaginando ahora mismo, la respuesta es claramente que ¡ya estás tardando en subir a tu habitación, ponerte un vestido sexy y pillar un taxi para llegar antes de se marche cansado de esperar!

No sé si es por el cóctel o por los nervios, pero me entra la risa floja, atrayendo varias miradas de censura hacia mi persona. Le digo al *barman*, con lágrimas en los ojos, que cargue la consumición a mi habitación y con un “señor, sí señor” obedezco a pie juntillas al loco de mi

amigo. O lo intento, porque no he metido en la maleta ningún vestido sexy. Mi reloj marca las siete y media de la tarde y, aunque ya maquillada, todavía estoy en ropa interior, al menos esta es lencera, de un discreto color negro y transparente...espera, ¡si yo no pienso enseñársela a nadie!, a ver si se piensa que con un silbido me voy a desnudar delante de él. No, ¿verdad?

Ya, sin tiempo que perder, cojo un pantalón negro pitillo, una blusa de seda roja, sin mangas que se anuda al cuello con un gran lazo que cae por el hombro izquierdo, me calzo mis nuevas manoleínas de Pretty Ballerinas, negras con una trabilla de pequeños brillantes blancos, y una blazer sin cuello también negra. Por último, cojo mi abrigo mientras salgo dando un ligero portazo. Fuera ya de la habitación, corro hacia el final del pasillo donde llamo al ascensor. Recoloco el móvil, el monedero y la llave de la habitación en mi pequeño *clutch*. Tengo el tiempo justo de retocar el pintalabios (del mismo rojo vibrante de mi blusa) antes de que el ascensor pare en el lobby del hotel. Por suerte, antes de vestirme tuve un momento de lucidez y pedí a recepción que me estuviera esperando un taxi, pues la cola de personas que hay en la calle para coger uno libre es bastante grande, de por sí unas chicas de unos veinte años intentan pagarme cien dólares por cederles el mío. Disculpándome, como viene siendo habitual, ante las chicas, me meto rápidamente en el coche amarillo y le indico la dirección al taxista.

Son las ocho menos cuarto y estamos parados en la esquina de la Segunda Avenida con la Calle 42, al parecer ha habido algún tipo de evento en la Sede de las Naciones Unidas y está colapsada la calle a la altura de dicho edificio. Las manos me tiemblan con un ligero sudor frío y soy incapaz de dejar de mover las punteras de mis zapatos nuevos, ojalá no me hagan daño pues no cabía ni una tirita en el mini bolso. Me siento ansiosa pero también temerosa de mi cita. Cojo el móvil y *whasapeo* a Alfonso, necesito que me insufla un poco de valor, nunca me ha gustado perder el control de cada acción que realizo, me gusta ir sobre seguro, pero todo lo que tiene que ver con Michael hace que mis neuronas no coordinen lo suficiente y deshace mi capacidad de autocontrol. Me siento como un *minion* comiendo *peta-zetas*. De repente el móvil comienza a vibrar entre mis manos.

—Bella, ¡basta! —Me sorprende al descolgar— has quedado con un hombre interesante, estás soltera, ambos sois jóvenes y libres de hacer lo que os pida el cuerpo, y si no te gusta lo que encuentras simplemente te levantas y coges un taxi de vuelta al hotel. ¿He hablado claro?

—Eh...sí...claro...

—Y si te gusta, TE-LO-FO-LLAS —termina gritando tanto que tengo que apartar el teléfono de mi oreja, con este gesto levanto la vista y creo ver media sonrisa en la boca del taxista, seguro que es latino y ha oído todo. Tierra trágame.

De repente, sin que haya sido consciente del recorrido, el taxi para ante el restaurante. Me despido de Alfonso con la promesa de contarle todo en detalle tan pronto como me sea posible. Una vez pagada la tarifa y a punto de abrir la puerta, Rodolfo (que es como se llama mi conductor) me ofrece una tarjeta con su teléfono, con la promesa de venir a recogerme a la hora que sea, si mi cita no fuera bien. Con una sonrisa enorme se lo agradezco y salgo a la fría calle.

El acceso al restaurante, al pie de uno de los dos monumentales pilares con arcos góticos de famoso Puente de Brooklyn, se encuentra en una rotonda empedrada y ajardinada. Una camarera con pantalón negro y chaqueta blanca me abre la puerta del restaurante invitándome a pasar al tentador calor de la recepción. Tras pasar las puertas soy incapaz de mantener la boca cerrada, se trata de un bonito espacio profusamente decorado con plantas y flores, con suelo de baldosas y techo de madera. La joven camarera, tras coger mi abrigo, me precede hasta el comedor cuyo frontal está completamente acristalado mostrando la más maravillosa visión del skyline iluminado

y reflejado en el río, del Downtown de Manhattan. Creo que aún no he sido capaz de cerrar la mandíbula, cuando la suave melodía de un piano me devuelve a la realidad y localizo a Michael, de pie, al lado de una mesa junto a la cristalera. Estamos solos. ¿Habrás sido capaz de cerrar el restaurante sólo para nosotros? Pero, eso sólo pasa en las películas, ¿verdad? Además, hacer algo así debe de ser carísimo. “Ains, y es taaan romántico” añade mi vocecilla. Michael, al ver que no avanzo hacia él, se acerca lentamente hasta quedar frente a mí, muy cerca, tanto que nuestros alientos se entremezclan.

—Hola —me dice.

—Hola —respondo en un hilo de voz.

Lleva un traje azul oscuro y una camisa blanca, con un único botón desabrochado que le da un cierto aire desenfadado y sensual. Mi mirada se dirige a su nuez de Adán, cuando ésta se mueve a la vez que Michael traga saliva. Su cuello ancho y fuerte indica que bajo el traje seguramente se halla un cuerpo trabajado en un gimnasio. Subo los ojos hacia su mentón perfectamente rasurado, con un hoyuelo del que no me había fijado. La mandíbula cuadrada está relajada y unas pequeñas arrugas se distinguen en el contorno de sus oscuros ojos.

—Señorita Atienza, está muy bella.

—Nuria —aclaro con una ligera sonrisa—, puedes llamarme Nuria.

—En tal caso, te agradezco que hayas aceptado mi invitación a cenar, Nuria. —Casi puedo notar cómo paladea mi nombre—. Sentémonos, por favor.

Bueno, bueno, bueno, ya dice *hola* y hasta *por favor*. ¿Quién eres tú y que has hecho con mi Michael?

Nos sentamos uno frente al otro en una mesa junto al ventanal, la iluminación de la sala es muy tenue y una pequeña lámpara en el centro de la mesa ilumina nuestros rostros, sumergiéndonos en una atmósfera cálida e íntima.

De una cubitera Michael extrae una botella de Mumm Cordon Rouge y vierte su dorado líquido en mi copa primero y a continuación en la suya.

—Por los encuentros inesperados. —Brinda levantando la copa hacia mí.

—Por los golpes de suerte —digo yo, consiguiendo que mi acompañante muestre una deslumbrante sonrisa.

Tras probar el delicioso *champagne*, el *mître* se acerca a la mesa y con amabilidad nada forzada, nos saluda y nos explica el menú degustación que nos van a servir. Ante mi mirada interrogante, Michael solamente me guiña un ojo (en mi mente, como si de una viñeta se tratara, me veo abanicándome semi desmayada sobre un diván).

Cada plato que nos sirven está deliciosamente elaborado, wagyu steak tartar, langostino salvaje con salsa de toques cítricos, foie, pastel de cangrejo, unos pequeños *pancakes* con caviar, pato con miel de manzana, ...

Cenamos en un agradable silencio, disfrutando de nuestra mirada en los ojos del otro, de sonrisas nerviosas por mi parte y complacidas por la suya. Cuando nos han retirado el último plato se levanta y retirando mi silla me toma de la mano y me invita a bailar a ritmo de jazz procedente del piano de cola. Mientras sus brazos me envuelven me siento sorprendentemente protegida y tranquila, como si este fuera mi hogar perdido.

—Siento mi reacción en el aeropuerto y en el hotel —me susurra con miedo de levantar la voz y romper el hechizo que nos rodea—, la llamada que recibí no fueron precisamente buenas noticias y, preocupado por ello, no supe cómo despedirme de ti, de repente te sentí inalcanzable. —Toma aire pesadamente—. Y en el hotel iba camino de una negociación y no quería desviar la

atención hacia ti de las personas que me acompañaban, te quería solo para mis ojos. No quería desaprovechar esta segunda oportunidad que me entregaban los hados.

Su mirada anhelante me desarma totalmente, asiento ligeramente con la cabeza aceptando sus disculpas y transmitiéndole que ya no importa el pasado.

—¿A qué te dedicas? —De repente tengo necesidad de saberlo todo de él.

—Tengo una empresa de seguridad privada, aquí en Nueva York tenemos una gran demanda, pero la competencia es muy agresiva.

—Me imagino.

—¿Y tú, bella Nuria?

—Soy fotógrafa —respondo con una sonrisa a su piropo.

—¿Trabajas para alguna agencia conocida?

—Qué va, no soy tan buena. —Me río—. Actualmente soy freelance. Mi sueño sería trabajar para National Geographic o Magnum, pero soy realista, me falta mucho para llegar a ese nivel.

—Me gustaría ver algo que hayas hecho —contesta mirándome a la boca.

Cuando el piano cambia de melodía nos sentamos nuevamente a la mesa, en esta ocasión Michael acerca su silla para sentarse a mi lado. Sonriendo desvió mi mirada hacia el *skyline* de Manhattan.

—Es precioso, desde aquí hasta parece tranquilo.

—Reconozco que las vistas me cortan el aliento —tras su aseveración me giro para encontrarme su mirada prendida de la mía, y alzando una mano acaricia mi mejilla.

Mientras, el camarero nos sirve el postre. Se trata de una pequeña tarta de chocolate que emula el Puente de Brooklyn. Michael, adelantándose, toma una pequeña porción con el tenedor y me lo acerca a la boca. Sujeto su muñeca con la mano y me acerco lentamente. Tomo el bocado de chocolate cerrando los ojos (está delicioso), al abrirlos Michael observa mis labios. Mi estómago realiza un *double toe-loop* de anticipación. Lentamente, dándome oportunidad de retirarme (cosa que no voy a hacer ni loca), se va acercando hasta posar sus labios sobre los míos. Un beso ligero y corto, que nos deja con ganas de más. De mucho más. Y con un “ven” me ayuda a levantarme y nos encaminamos hacia una puerta lateral del restaurante, saliendo a un estrecho mirador, a orillas del río. Y entonces, con sus manos enmarcando mi cara, vuelve a besarme, lentamente, descubriendo mi boca.

Creo que estoy flotando, jamás me han besado con tanta devoción. A la vez siento que siempre he anhelado sus labios, como si los hubiera perdido y vuelto a encontrar. Noto cómo sus manos bajan lentamente por mi cuello, pasando por mis hombros desnudos y siguiendo hasta mi cintura. Entonces es el momento en el que su boca desciende por la comisura de mis labios, y de mi mandíbula a mi cuello. Y... (oh, no) tengo el tiempo justo de sepárame lo suficiente para estornudar, mientras un escalofrío me recorre la espalda poniéndome la piel de gallina. Michael, tras una carcajada, se disculpa y me guía al interior del restaurante nuevamente. Allí me ayuda a ponerme la blazer y cogiéndome de la mano, me lleva hasta el pianista.

—Dom —dice—, gracias por aceptar tocar esta noche.

—Es un placer hacerlo para una bella dama —responde mirándome con una gran sonrisa. Dom es un hombre que debe de rondar los ochenta años, delgado y de piel oscura.

—Muy amable. —Le agradezco el cumplido.

Tras despedirnos del músico y del maître, y de recoger nuestros abrigos, salimos a la rotonda adoquinada, donde un coche negro metalizado y con todos los cristales tintados nos espera. Mientras que Michael, con un gesto de caballerosidad, me abre la puerta del copiloto para que

tome asiento, yo observo la línea elegante y deportiva del vehículo. De repente me encuentro fuera de lugar, está claro que pertenecemos a mundos diferentes, ¡si yo he dejado en casa un Seat Leon del 2008! Pensando en que Alfonso pondría el grito en el cielo si me viera dudar, decido seguir adelante. Soy consciente de que no puede existir una relación con Michael, pero disfrutaré el poco tiempo que tenga a su lado. Tras mi pequeña vacilación, accedo al interior del vehículo, el cual me recibe caldeado. Mientras que él rodea el coche por delante del capó, observo que tanto el asiento como el salpicadero son de cuero negro. No creo recordar haber visto nunca un vehículo tan hermoso. Cuando Michael se sienta al volante observo que en él está el logo de la marca, dos alas extendidas.

—Nuria —me dice antes de mover el coche— me gustaría continuar con la cita, si tú también quieres.

Mil mariposas están revoloteando en mi interior, siento cómo se me colorean las mejillas por su velada sugerencia, a lo que él responde levantando ligeramente las comisuras de sus labios

—Sí, a mí también me gustaría —consigo decir mordéndome el labio tímidamente.

Como si hubiera estado conteniendo el aire, Michael gime suavemente y se abalanza para darme en esta ocasión un apasionado beso, con ansia, como un avance de todo lo que vamos a sentir el resto de noche. Poco a poco, el beso va perdiendo intensidad, hasta que terminamos apoyando nuestras frentes, respirando los dos de forma entrecortada. Con un último casto beso, se gira al volante y empieza a conducir suavemente.

Veo cómo las luces de la ciudad van pasando por delante del coche, pero soy incapaz de observar nada más al otro lado del oscuro cristal, estoy tan ensimismada en lo que me hace sentir el hombre que va sentado a mi lado, que no veo cómo atravesamos el puente de Brooklyn, ni cómo nos dirigimos hacia Battery Park, ni cómo al poco accedemos al subterráneo de nuestro destino. Con una elegancia natural Michael baja del coche y me abre la puerta, ofreciéndome una mano para ayudarme a salir. Un ascensor amplio y con una agradable iluminación (no la típica en la que te ves en el espejo el pelillo del entrecejo que se ha librado de la criba) nos eleva en cuestión de segundos a la planta treinta y cinco. Con un casi imperceptible timbre, las puertas se abren a un recibidor con suelos de madera. Llevándome de la mano, que no ha soltado ni un instante, acciona un interruptor que ilumina un pasillo que conduce al salón. La estancia está dividida en tres zonas, a la izquierda una mesa de mármol y metal dorado rodeada de seis sillas de blanco impoluto y metal también dorado. A la derecha, dos sofás en tela de color arenan y con grandes cojines que invitan a hundirte en ellos, se enfrentan separados por una mesilla de café de madera y cristal. A continuación, un diván tapizado en cuero blanco. Pero, lo más notable de la sala es que toda la pared que se encuentra enfrente es una inmensa cristalera. A pesar de la tenue luz que se derrama desde el pasillo, casi no distingo lo que hay al otro lado del cristal. Notando mi duda, Michael me señala con su mano libre una luz frente a nosotros.

—Ahí está la Liberty Island, con la Estatua de la Libertad. A su derecha está Ellis Island, donde desembarcaban los pasajeros venidos de Europa hasta 1954.

—Tienes un piso muy bonito —digo mientras dejo vagar mi vista.

—Ni una milésima parte de lo hermosa y sensual que tú eres —me dice, con su voz enronqueciendo a medida que va hablando—. ¿Deseas beber algo?

Negando suavemente con la cabeza, me elevo poniéndome de puntillas y pasando los brazos por detrás de su cuello, le rozo los labios, a lo que él rápidamente corresponde, me coge en brazos y comienza a andar hacia el dormitorio con mis piernas enroscadas en su cintura. Me besa con ansiedad, saboreando cada parte de mi boca, mientras sus manos acarician mi espalda,

bajándolas hacia mi cintura. Dejándome suavemente en el suelo me desliza la blazer por los brazos, dejándola caer al suelo con un golpe sordo. A continuación, toma el extremo del lazo de mi blusa y tira despacio hasta deshacerlo. La tela se desliza por mi pecho hasta que queda arrugada en mi cintura. Nuestras respiraciones entrecortadas se entremezclan cargando de deseo el ambiente. Sus grandes manos cubren mis senos mientras que con los pulgares provoca mis pezones, los cuales enseguida se yerguen, entonces Michael cambia las manos por su boca. A pesar de la tela de encaje noto el placer de su caricia como jamás nadie me ha hecho sentir. Poco a poco vamos deshaciéndonos de la ropa y observando con deleite la piel que va quedando expuesta. Completamente desnuda me recuesto sobre la cama mientras Michael se pone un preservativo, tras lo cual colocándose encima de mí comienza a penetrarme suavemente mientras me besa. Poco a poco las acometidas van ganando en intensidad. Jadeamos. Sudamos. Sentimos. Explotamos.

Agotados y satisfechos nos abrazamos mientras nuestras respiraciones se van calmando. Michael me acaricia lánguidamente mi brazo, y yo con la cabeza en su pecho oigo su corazón desbocado, compitiendo en intensidad al mío. Noto cómo empiezo a sentirme claramente relajada, con la mente despejada, con una sonrisa en los labios, y sin ser consciente me quedo dormida.

Un ruido amortiguado me saca de mis sueños, no sé de dónde viene ni qué es, pero me va despertando lentamente mientras noto mis músculos gloriosamente cansados. Bajo mi cabeza, una mullida almohada me acaricia la cara y una sábana suave como la seda calienta mis brazos desnudos. Poco a poco el sonido se va haciendo más nítido, como si estuviera lloviendo. El olor a bergamota y cedro se cuele por mi nariz, recuerdos de la noche pasada vienen a mí. Michael. En mi cabeza mi vocecita interior ha adquirido forma y está bailando con pompones de animadora. Abro los ojos sabiendo ya exactamente dónde estoy, percatándome de que el ruido del agua procede del cuarto de baño, donde imagino que el hombre que me ha robado la razón se está dando una ducha. Necesito de un momento para pensar qué estoy haciendo. No suelo actuar de esta manera, de por sí jamás me he ido a la cama con alguien al que acabara de conocer, nunca en la primera cita. Y sin embargo siento que así es como debe de ser. Hay algo en él, como si fuera un imán y yo, irremediabilmente, sólo puedo dejarme llevar. De todas formas, mañana me marcho a Washington y no volveré a verle, ¿verdad? ¿Por qué, si apenas le conozco, me genera tal angustia dicha perspectiva? Sea como fuere, me siento bien. Me ha gustado que esto haya sucedido. Y voy a aprovecharlo. Convencida de ello, me levanto y me acerco, pisando la mullida alfombra en tonos azules, a la puerta del cuarto de baño y giro el picaporte. Tras la empañada mampara de la ducha se dibuja el contorno del cuerpo masculino, tan varonil, tan perfecto. Me acerco y abro la puerta ante la atónita mirada de Michael. Rápidamente entro para evitar que se escape el calor del cubículo. Sus ojos negros me observan con pasión, mientras dibuja una cálida sonrisa con los labios. Me acerco un paso sujetándome en la mano que alarga hacia mí, y mientras elevo la otra a su mandíbula él me atrapa y me besa. No sé el tiempo que pasamos bajo la fina lluvia de la ducha, ni siquiera soy consciente de estar me mojando, sólo somos él y yo, compartiendo nuestros cuerpos como si el de cada uno perteneciera al otro.

—Debo ir un momento a la oficina, a lo sumo será una hora, pero luego quiero pasar el resto del día contigo —me dice mientras tomamos un café en la isla de la cocina.

Por supuesto esta estancia es acorde al resto del piso. Encimeras de mármol negro, butacas de metal y metacrilato transparente. Todo cargado de un estilo moderno y elegante.

—Me parece un buen plan.

—Entonces —dice con una sonrisa—, te llevo al hotel para que te cambies y volveré a buscarte.

Lo primero que hago al llegar al hotel es llamar a Alfonso, no me fijo que en España son las dos de la mañana, de un miércoles, sin embargo, la clara voz de mi amigo me llega como si llevara horas despierto. Así es él, jamás una queja o una excusa. Siempre ha estado cuando lo he

necesitado, sin preguntas ni reproches. Lógicamente ha sido recíproco, las amistades, las buenas, hay que cuidarlas como a una delicada flor. Le cuento la maravillosa noche que he pasado, y como buen público Alfonso llena la conversación de *ohs*, *ahs*, y otros comentarios picantes. Tantas veces me ha hecho repetirle ciertas partes de la historia que sin darme cuenta ya casi es la hora a la que he quedado con Michael. Tras prometerle que le contaría las novedades, le cuelgo y rápidamente me cambio de ropa. Unos vaqueros azules con bordados de flores en los laterales, un jersey *oversize* de cachemira, de color arena y cuello vuelto y unas botas de piel marrón completan mi atuendo. Antes de salir de la habitación, cojo mi bolso, la cámara y mi *plumas* calentito. Ya en el ascensor, intento volver a comunicarme con Julia, pero como en ocasiones anteriores no me contesta. Empiezo a preocuparme seriamente, Julia siempre me devuelve las llamadas, como mucho al día siguiente ya la tengo al otro lado de la línea. Tan ensimismada voy en mis pensamientos que no soy consciente de los negros ojos que me observan a un lado del lobby. Pensando que aún no ha llegado Michael me dejo caer en un sillón que hay junto a la ventana. Escribo un mensaje de *whatsapp* a mi hermana, urgiéndola a que me contacte. De momento es lo único que puedo hacer. No tengo el contacto de ningún compañero suyo, ni siquiera recuerdo el nombre de la empresa en la que trabaja, ¿acaso alguna vez me lo ha dicho? Por suerte, mañana a las nueve de la mañana sale el avión con destino a Washington. En ese momento, una mano se apoya en mi hombro acariciando con un dedo mi cuello. Y, a pesar de la congoja que siento por la falta de noticias de mi hermana, un nudo en la boca del estómago se me forma al saber que en menos de veinticuatro horas me tendré que despedir de este hombre. Sabía desde el principio que esto tenía fecha de caducidad, prácticamente nos conocimos en tiempo de descuento.

—¿Todo bien?

—No, me temo que algo no va bien.

Acerca un sillón para sentarse cerca de mí y me toma de las manos.

—Cuéntame, ¿te ha pasado algo? ¿Alguien se ha acercado a ti? ¿Te han molestado?

—¿Qué? —¿Acercarse a mí?—. No, no me ha pasado nada a mí. Es sólo que hace ya unos días que no sé nada de mi hermana, y me resulta raro, no solemos pasar muchos días sin comunicarnos y menos dejar llamadas y mensajes sin contestar.

A pesar de que no significo mucho para Michael, y es que no puedo significar mucho, al igual que yo sabía perfectamente que sólo iba a estar dos días en Nueva York, veo que tensa la mandíbula y sus ojos se oscurecen, si eso es posible. Vaya, es un tío muy empático.

—Puedo hacer varias llamadas a ver si descubro algo.

—¿Cómo? No entiendo, ¿cómo vas a poder averiguar nada? ¡Ni que fueras de la CIA! —exclamo entre confusa y divertida.

—No, claro que no —me contesta seriamente—, pero te recuerdo que tengo una empresa de seguridad y tengo contactos. Quizá no consiga nada, te aviso, pero puedo intentarlo.

—¿Sí? ¿Harías eso por mí? A ver, que quizá no es nada, quizá ha perdido el teléfono, seguramente es la razón más plausible y no quisiera que quemaras tus cartuchos por si los necesitaras más adelante, además menuda vergüenza sería que no cogiera el teléfono porque ha tenido diarrea y no le apetecía contestar, o mejor ha... —Y gracias al cielo Michael me acalla con un beso.

—Shh, no te preocupes, no es molestia ni quemar cartuchos. Ahora, dame todos los datos de tu hermana.

Me temo que no es mucho lo que le puedo decir, a parte de nombre y dirección de su apartamento.

—De acuerdo, veré que puedo conseguir. —Se levanta del sillón y antes de hacer ninguna llamada me mira fijamente y me susurra—. Haría mucho, muchísimo más por ti, si tú me lo pidieras.

Y tal cual, tras soltar dicha bomba empieza a hacer llamadas desde el móvil.

Pero ¿qué ha querido decir con que “si yo se lo pidiera”? ¿Me está insinuando que quiere continuar lo que sea que hay entre nosotros? Pero eso es imposible. Sabe que yo no vivo aquí, ni siquiera voy a pasar mucho tiempo en el país. Tampoco es que sepa qué hacer con mi vida, pero no podría permitirme el lujo de alquilar un apartamento en Nueva York, ni aunque quisiera ver a dónde lleva lo nuestro. O quizá sólo era una forma de hablar, sin ningún toque de romanticismo en su ofrecimiento. Seguramente sea esto, ¿no?

—Bueno, ya he hecho unas llamadas. Si te parece, y mientras esperamos respuestas, me gustaría llevarte a un sitio. ¿Vamos? —me pregunta tendiéndome una mano.

Asintiendo y tomando su mano me levanto y me dejo guiar.

6

Salimos del hotel y cruzamos la calle para internarnos en la vegetación de Central Park. Parece mentira que, a pocos metros de la entrada, te abrace la calma y quietud que sólo la naturaleza puede otorgar, como si no estuviéramos en el centro de una de las urbes más bulliciosas del planeta. Paseamos sin prisa, observando los árboles que han perdido su follaje, mientras que pequeños charcos helados crujen bajo nuestros zapatos. Escuchando el tímido pío de algún pajarillo que enfrenta el frío matutino desde alguna rama por encima de nuestras cabezas. De vez en cuando, descuelgo mi cámara del hombro y saco algunas fotografías, el puente de Gapstow y su estanque, árboles con sus ramas desnudas junto a otros con las suyas bien abrigaditas, algún ave picoteando unas migas de pan, las nubes a contraluz, personas anónimas caminando y dejando una estela de vaho a cada exhalación que dan...

—Me gusta pasear por aquí cuando el resto del mundo está trabajando. —Michael rompe el cómodo silencio mientras con la mano libre parece abarcar los árboles en derredor—. Los fines de semana es imposible conseguir escuchar tus propios pensamientos, pero el resto de la semana puedes venir aquí y apenas cruzarte con nadie. Es lo que realmente echo de menos de mi tierra — termina diciendo en un susurro, como si fuera más un pensamiento que un comentario del que hacerme partícipe.

—¿De dónde eres?

Parándose de repente, se gira y me mira como si se diera cuenta por primera vez de mi presencia. No sé si realmente está sorprendido o enfadado, pues el ceño fruncido con el que le conocí vuelve a asomar entre sus negras cejas.

—Si no quieres contestar no pasa nada —replico rápidamente ante su reacción—, a veces pregunto cosas que no debería y quizá no debería ser tan curiosa.

—No te disculpes, preciosa. Puedes preguntarme todo aquello que quieras saber y que yo te pueda dar una respuesta —Me tranquiliza mientras levanta nuestras manos enlazadas y besa mi muñeca, allí donde se marca el pulso de mi acelerado corazón, el único hueco de piel que asoma entre mi abrigo y mis guantes—. Nací en Alemania, en una pequeña ciudad a los pies de la Selva Negra llamada Friburgo de Brisgovia, aunque todo el mundo la conoce simplemente como Friburgo. De pequeño solía escaparme de casa y terminaba vagando por el monte aledaño de Schlossberg. Me gustaba adentrarme en él, como si fuera un explorador o un espía —Ríe mientras rememora esos pequeños fragmentos de su niñez.

—Entonces, ¿eres alemán?

—Tengo la doble nacionalidad.

—¿Y sueles viajar a Friburgo?

—No, no he vuelto a ir desde hace muchos años —responde con un profundo suspiro, como si

el hecho de no haber vuelto le pesara.

Parados frente a la escalinata del Bethesda Terrace, Michael atrapa un travieso mechón de pelo que continuamente escapa del control de mi gorro y con cuidado lo vuelve a esconder al calor de la lana. A continuación, baja su cabeza hasta que sus labios entran en contacto con los míos. No es un beso apasionado, tampoco un beso tímido. Lo siento como una necesidad, una caricia con la que anclarse al presente, y refugiarse de los recuerdos. Vale, quizá soy un poco peliculera, y mi imaginación se ha puesto las gafas de la señorita Rottenmeier mientras que en un portapapeles anota las impresiones del beso. Quizá Michael sólo quería besarme para acallarme y cambiar de tema, o porque notaba los labios fríos y quería calentarlos. ¡Yo qué sé! Venga Nuri, deja de divagar y vuelve al presente.

Estamos frente a una gran fuente y tras ella un lago envuelve el lugar en calma. Pocos turistas recorren las baldosas rojas del suelo, fotografiando el ángel que corona la fuente o los aledaños, a los que me uno cámara en ristre, sin embargo, al girarme hacia Michael me da la sensación de que no está dejando vagar su vista, sino que realmente está buscando algo, reconociendo el terreno. Aunque quiera disimular, no se me escapa que algo le ha llamado la atención y no precisamente de forma agradable. Imperceptiblemente noto cómo ha echado los hombros hacia atrás y agarrando nuevamente mi mano, de manera suave pero firme, nos gira alejándonos del lugar. No caminamos deprisa, pero tampoco pausadamente como veníamos haciendo desde que entramos en Central Park.

—¿Pasa algo Michael?

—¿Mmm? —responde inocentemente mientras levanta las cejas.

Pero de inocente nada, decido no insistir y ver a dónde me lleva. Varias veces observo que echa furtivamente la vista atrás aprovechando un giro del camino, o cediendo de manera un tanto exagerada el paso a una ancianita con bastón, aunque no paramos en ningún momento. Poco a poco, nos vamos alejando del centro del parque y, a diferencia del comienzo del paseo, optamos por caminos más concurridos. Finalmente, y tras pasar por Strawberry Fields salimos de Central Park frente al edificio Dakota. Según pisamos la acera de Central Park West, Michael para un taxi y rápidamente subimos a él. Tras unas ligeras indicaciones al taxista, éste se pone en movimiento.

—¿Me puedes decir que ha sido eso? —Exploto. Y es que su comportamiento en los últimos minutos no ha sido nada normal.

—¿A qué te refieres?

—Disculpa, pero no insultes a mi inteligencia. ¿Se puede saber de qué huíamos?

—¿Huir? —Michael estalla en carcajadas—. Ay preciosa, qué imaginación tienes.

—Puedo tener mucha imaginación, pero ello no interfiere en mi percepción de la realidad, y la realidad es que de repente has decidido que debíamos marcharnos a toda prisa y...

—Vale, tienes razón —claudica.

—¿La tengo? —Vaya, no esperaba que fuera a reconocerlo. No después de aparentar en el parque y posteriormente reírse cuando le he acusado.

—Verás, he visto a un antiguo socio mío. No terminamos en buenos términos y no me apetecía que nos interrumpiera en esta agradable mañana.

—Oh vamos, pero si hemos salido casi corriendo ¿esperabas que nos fuera a perseguir?

—Bueno, digamos que no le gusta recibir un no por respuesta.

—No sé si quiero saber qué negocios tenías con él.

—No, no quieres —responde tirantemente mirando por la ventanilla.

No, no lo quiero saber. Pero eso no me molesta. Seamos consecuentes, a penas conozco a

Michael, de él sólo dispongo de la poca información que me ha dado de su infancia y de su trabajo actual, no sé nada del hombre que está sentado a mi lado. Pero me han disgustado sus evasivas, su condescendencia y la seriedad acerada que ha dejado traslucir en su último comentario. Inexplicablemente cuando estoy a su lado me siento segura, como si nada pudiera pasarme, quizá sea su envergadura, un hombre alto y fuerte es siempre un buen guardaespaldas, sin embargo, sé que esconde algo, llámalo intuición femenina, sexto sentido o bola de cristal, pero no me gusta la sensación de ser mentida. Porque lo sé. Me ha mentido.

Intento respirar profundamente y retomar el control de mis emociones, debo repetirme una y otra vez que hoy es el último día que voy a ver a este hombre en mi vida, que ha sido una aventura excitante, en la que me he sentido muy femenina y deseada, pero ahí termina todo. Mañana viajo a Washington para pasar unos días con mi hermana dando punto final a mi aventura neoyorkina.

Tan ensimismada estoy ordenando mis ideas y prioridades, mientras miro a través de la ventanilla, que pego un respingo cuando noto cómo me acarician la mano desenguantada.

—Lo siento, preciosa. De verdad lamento haberte hablado así, lo que representa ese hombre y lo que conlleva su mera presencia saca lo peor de mí. Perdóname por haberme comportado como un capullo.

—Bastante capullo —contesto sin ceder terreno.

—Sí —concede con una ligera sonrisa—, bastante capullo. El mayor del estado de Nueva York. Pero el capullo más afortunado porque aún sigas en este taxi.

—Bueno, tengo en alta estima mi integridad física como para saltar de un vehículo en marcha.

—Me lo merezco.

—Mira Michael. —Me giro en el asiento para encararle, he intentado relativizar la situación, pero ¡a la mierda!—. Tú y yo no nos conocemos, no tenemos una historia ni la vamos a tener. No necesito que me pidas perdón, ni que me cuentes tu vida, ni que me dores la píldora, porque ya nos hemos acostado. Sí, ha sido genial. —Le concedo—. Pero mañana me marcho y nuestros caminos se separan. Así que no intentes currártelo para salvar la situación. Sólo te pido una cosa, y es que no me trates como a una gilipollas. No me gusta que me mientan.

Hala, ya lo he soltado, pero no me siento mejor. Es como si al decirlo en voz alta lo alejara de mí instantáneamente, e irracionalmente eso me duele.

Michael, me mira las manos mientras me las sujeta. Le noto respirar, casi puedo ver los engranajes de su cerebro haciendo clac-clac-clac, mientras niega imperceptiblemente con su cabeza. Abre varias veces la boca para cerrarla a continuación. Casi me da pena. Casi.

En el preciso instante en que vuelve a separar los labios para hacer un nuevo intento de soltar lo que quiera decir, el taxi se detiene y el conductor nos indica la cuantía del trayecto. Miro rápidamente por la ventanilla y descubro que nos ha traído hasta The Cloisters.

Se trata de un museo especializado en arte y arquitectura medieval europea. Entre sus joyas podemos encontrarnos con el ábside de la Iglesia de San Martín de Fuentidueña, que si mal no recuerdo es del siglo XII, o incluso el claustro completo del monasterio benedictino de San Miguel de Cuxa.

Y hablando de “migueles”, uno muy alto y moreno me está sujetando la puerta para que me baje del taxi, con una mirada expectante me alarga una mano invitándome a tomarla, a aceptar continuar con él. Por un lado, deseo dar un portazo y alejarme de él lo más rápido posible. Por otro lado, la perspectiva de separarme me agobia. No sé qué hacer. Noto cómo el taxista me estudia a través del espejo retrovisor. El frío viento colándose dentro del habitáculo levanta mechones de mi pelo, enredándomelo.

Sorprendentemente Miguel pone rodilla al suelo y sujetándome una mano respira profundamente antes de hablar.

—Lo lamento, Nuria. Siento haberte disgustado y decepcionado. Pero por favor, no nos despedamos así.

A mi adolescente interior se le está cayendo la baba ante tal despliegue romántico. Decidiendo darle una última oportunidad, salgo del taxi mientras Michael se pone en pie y me abraza.

—Gracias —me susurra.

—No hagas que me arrepienta.

—Haré todo lo posible y lo imposible. Ven, quiero presentarte a alguien.

Extrañada me dejo guiar.

Entramos al museo y tras pagar la entrada nos embarcamos en un viaje a través del tiempo, donde el arte está muy presente. Como es habitual el museo se encuentra lleno de turistas que observan de pasada obras de incalculable valor. Esquivando un grupo de estudiantes que cuchichean sobre un cantante de moda mientras su profesor les intenta explicar la historia del museo, accedemos al claustro benedictino.

No puedo evitar detenerme, cerrar los ojos y volver a abrirlos para ver de verdad las maravillas artísticas que tengo frente a mis ojos. Empiezo a vagar libremente por el museo observando capiteles, arcos, tallas góticas, vidrieras del siglo XIII. El arte ha sido siempre, a parte de la fotografía, mi pasión. Y es que, si desde que me regalaron una cámara de fotos, cuando hice mi Primera Comunión, no he parado de apretar el botón, desde que cursé la asignatura de Arte en 3º de BUP, comenzó mi segunda obsesión. Sí, soy licenciada en Historia del Arte. Suena raro tener una carrera y tener una profesión completamente ajena a los estudios, sin embargo, al salir de la facultad y no encontrar trabajo en mi campo, decidí asociarme con mi amigo del alma, quien había estudiado audiovisuales y creamos nuestro estudio fotográfico.

Estar en un museo hace que me evada de la realidad, desentrañando en cada objeto su historia y diluyendo el momento presente, puedo pasar horas sin percatarme de los que me rodean o incluso de la hora. En más de una ocasión me han tenido que llamar la atención, para gran bochorno mío, por no hacer caso de los avisos de cierre. Por ello, no he podido evitar soltar un chillido cuando he notado que alguien me hablaba muy cerca del oído.

—Shhh, tranquila preciosa, sólo soy yo. —Intenta calmarme Michael mientras apoya sus manos en mis hombros.

Vaya, increíblemente me había olvidado de su presencia. Dándome una palmada mental en la frente, me disculpo y colorada como un tomate me muerdo los carrillos al sentirme observada por varios turistas.

—Ven, como te dije hay alguien a quien te quiero presentar —me recuerda acompañándome hacia un señor alto, atlético, que rondará los sesenta años y que nos espera al lado de uno de los tapices que más me gustan, *La caza del unicornio*—. Nuria, te presento a Björn Östberg.

Oh-dios-mío, como diría Janice de *Friends*. No puede ser. Björn es el grandísimo fotógrafo que ha plasmado las más bellas instantáneas de niños alrededor del mundo. Niños felices siempre, vivan en una urbanización de lujo o en una chabola de adobe, vivan con sus padres o en orfanatos. La lente amable de Björn retrata siempre la alegría, la candidez y la esperanza intrínseca en la niñez. Creo que no puedo tener los ojos más abiertos, siento cómo estoy boqueando como un pez fuera del agua buscando las palabras que expresen mi mayor admiración hacia el hombre de pelo cano, ojos azules como el cielo en verano, y arrugas en la comisura de los labios que tengo frente a mí.

—Vaya, no sé si se alegra o por el contrario cree haber visto un draugr —comenta risueño haciendo referencia a los fantasmas de la mitología nórdica.

—Discúlpeme, señor Östberg, es un placer conocerle. Soy una gran admiradora de su obra. De cómo es capaz de plasmar a través de los ojos de esos niños tantas historias. Pocas veces me he sentido tan emocionada como observando su trabajo.

—Pues muchas gracias, señorita. He de decir que usted también tiene mucha proyección con una cámara en sus manos —me indica mirando por el rabillo del ojo, durante un milisegundo, a mi acompañante. Gesto que no me pasa tan desapercibido como se creen.

—¿Disculpe? ¿Conoce mi trabajo?

—Oh, sí. He visto su trabajo en su cuenta de Instagram. A pesar de que ha dedicado sus últimos años casi íntegramente al mundo de las bodas, un campo que no quiero desprestigiar, considero que su calidad artística está muy por encima de dicho trabajo, puesto que la ambientación, los enfoques, cómo juega con las sombras y las luces, las imágenes en las que no muestra a las personas, o cuando son instantes en los que no están posando, usted convierte momentos digamos que cotidianos en retazos de historia que uno quiere desvelar. Sí, señorita Atienza. Creo que usted puede llegar a ser una gran fotógrafa.

Creo que he muerto y estoy en el cielo. O esto se trata de una cámara oculta y se están burlando de mí. Casi espero que alguien aparezca gritando por la puerta un “inocente”, portando un monigote de cartón blanco. Pero pasan los segundos y eso no ocurre. Tengo a mi mini yo trabajando a marchas forzadas, sudando las sisas de la camiseta y cayéndole chorros por la frente, como el protagonista de *Aterriza como puedas*, para descubrir qué me chirría en esta historia. ¿Michael conoce a Björn? Bueno, eso entra dentro de lo probable. ¿Pero, cómo pueden conocer mi Instagram? A Michael no se lo he nombrado y lo más curioso es que no está a mi nombre, sino al nombre artístico que me creé al abrir la empresa de fotografía junto a Alfonso, Bella Anna, el Bella ya sabemos de quién fue la idea, y Anna es por Alfonso Navarro y Nuria Atienza. Vamos, que o alguien se lo ha dicho, pero no tenemos contactos en común, o me han investigado. ¿Pero quién querría investigarme? ¿Y por qué harían tal cosa?

—...así que, como estabas buscando un nuevo enfoque a tu carrera —está diciendo Michael—, pensé en hablar con un antiguo amigo.

—¿Es una nueva forma de llamarme viejo? —pregunta con guasa Björn.

—¡Nooo, qué va!

Estos dos siguen charlando ajenos al humo que está saliendo de mi cabeza.

—Lo cual —prosigue Björn—, nos lleva al motivo de este encuentro. No sé si estarás interesada, pero yo estoy convencido de que eres la persona adecuada.

—Perdone —le interrumpo, necesito que me aclaren ya lo que se está cociendo bajo mis propias narices—, ¿la persona adecuada para qué?

—Björn está creando una asociación de fotógrafos, fotógrafos de todo el mundo que retraten la infancia y adolescencia en todas las culturas y sociedades.

—Sí, quiero continuar con lo que empecé hace ya treinta y cinco años. Los beneficios se destinarían a ONG's y asociaciones sin ánimo de lucro centradas en la infancia y adolescencia, para ayudar a los grupos más necesitados dentro de nuestro territorio de acción, allá donde os encontréis los fotógrafos de la asociación. Había pensado en que usted podría centrarse en Estados Unidos, puesto que ya tengo apalabrada Europa con Françoise Lyon.

—¿Françoise Lyon sigue en activo? Esa mujer es maravillosa. Vi su última exposición hace cinco años en París y me pareció espectacular. Con esas tonalidades brillantes y llenas de

colorido.

—Madame Lyon ha aceptado colaborar con nosotros con la única condición de que fuera en Europa, ya que efectivamente a sus ochenta y dos años dice encontrarse un poco cansada y que no quiere viajar más allá de 3 horas de avión.

Por un momento me siento tan sobrepasada por toda la información y lo que ello conlleva, que noto un ligero vahído, y apoyándome en el antebrazo de Björn, me giro para buscar a Michael y pedirle que me ayude a sentarme en algún sitio. Sin embargo, y para mi sorpresa, no se encuentra con nosotros.

—Señor Östberg, ¿podríamos salir de aquí y sentarnos al aire libre? —le ruego—. Necesito respirar y aclarar las ideas.

Y tomándome del brazo, el nórdico me acompaña al exterior del museo, donde nos sentamos en un banco frente al acceso de aquel.

Lo que me ha estado proponiendo me emociona y aterra por igual. Es un sueño el poder trabajar en un proyecto tan especial, con una motivación tan humanitaria y necesaria. El cambio en mi trayectoria sería brutal, y me siento temerosa de no estar a la altura. De por sí, sigo sin tener muy claro qué ha visto Björn en mi trabajo, qué piensa que lo hace tan especial. Y es que una vocecita en mi interior, una voz endiablada y persistente y cáustica, me susurra que no es por mí, por mi talento, que mucho tiene que ver mi amigo *el ausente*. Sin embargo, otra parte de mí decide aprovechar la extraordinaria oportunidad que me están ofreciendo en bandeja. Ya habrá momento para las lamentaciones. Qué más da el porqué, aceptemos lo que nos viene.

—De acuerdo, señor Östberg. Espero no decepcionarle. ¿Cuándo empiezo?

—Eso no pasará, puede estar tranquila. Y como vamos a colaborar, ¿qué tal si nos dejamos de formalidades y nos tuteamos? —me pregunta con una sonrisa franca—. Puedes empezar cuando quieras. Todo el terreno norteamericano son tus dominios. Tú buscas las historias y luego me las presentas. Si te parece bien, luego te mando por email las condiciones contractuales, y todos mis datos de contacto. Vivo aquí, en Nueva York. Si decides asentarte en la ciudad será un placer vernos a menudo.

—Estupendo. Estoy deseando comenzar —respondo feliz.

—Michael tenía razón —asevera mirándome— irradian luz.

Boquiabierto por el pirope observo a mi interlocutor cómo se levanta del banco y tendiéndome la mano de despide de mí.

—Ha sido un placer, Nuria. Por favor, despídete de mí ante Michael, pero se me ha hecho tarde. Por cierto, por si te entra la duda quiero que sepas que, aunque Michael me pidió conocerte, ha sido tu obra la que me ha convencido. La decisión ha sido completamente objetiva y por méritos propios —finaliza palmeándome la mano.

Estoy feliz, nerviosa, ansiosa, preocupada, histérica y molesta. Tengo un batiburrillo de emociones que creo que van a estallar en cualquier momento. Me noto las manos sudorosas y rápidamente me las seco en las perneras de los pantalones. Los dedos me tiemblan ligeramente y me los masajeo mientras miro a mi alrededor buscando en vano a Michael. Por un lado, quiero abrazarle y besarle para agradecerle que me presentara a Björn, por abrirme el camino a mi futuro profesional y, por otro lado, quiero dejarle marcada la mano en su fuerte y varonil mentón para dejarle claro que no me gusta que se metan en mi vida, ni que me investiguen, ni me manipulen. Y ello me lleva a preguntarme de dónde pudo sacar la información de mi página personal, cómo ha averiguado dónde he trabajado, qué más sabe de mí y de mi vida. ¿Quién es él?

Decido levantarme del banco y vagabundear mientras voy tomando fotos aquí y allá, no estoy concentrada en la labor, pero mejor esto que esperar de brazos cruzados y ateriéndome de frío.

Un claxon a mi espalda me saca de mis pensamientos y me giro molesta por el susto que me he llevado. Y cuál es mi sorpresa al ver a Michael bajándose de un *Uber*, y mientras que con una mano sujeta la puerta trasera abierta, con la otra gesticula para que me acerque. Tan pronto como llego a su altura me insta a entrar colocando una mano a mi espalda. Al sentarse a mi lado observo cómo mira por las ventanas buscando algo.

—¿Qué pasa Michael? ¿Dónde te habías metido?

—Perdona, me llamaron del trabajo. Tengo noticias de tu hermana. No mucho en realidad.

El recordatorio de mi hermana me envara en el asiento. Un puñetazo directo al corazón. ¿Cómo es posible que haya podido sentirme tan feliz e ilusionada hasta hace unos instantes cuando no tengo noticias de mi hermana? Cualquier sentimiento de alegría, duda o inquina hacia lo que ha pasado se diluye en mi alma hasta hacerla desaparecer. Sólo una honda preocupación anida ahora dentro de mí.

—Dímelo —exijo—, cuéntame todo lo que hayáis averiguado.

—Como te decía, no es mucho. No hemos podido encontrar pistas de su paradero actual —me informa mientras sujeta mis dos manos y sus ojos no se despegan de los míos—. Sabemos que dejó de asistir a su trabajo hace tres días. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella, Nuria?

—Hace tres días. Se acababa de levantar y me llamó por teléfono para desearme un buen viaje. Pero ¿y si tuvo un accidente yendo a trabajar? Quizá esté en algún hospital.

—No, hemos contactado con hospitales y con la policía local y no tienen conocimiento de que haya habido un accidente o suceso en el que tu hermana hubiera podido verse implicada. Sin embargo, no la encontramos por ninguna parte.

Siento un vacío en mi interior. Mi hermana, mi hermanita. ¿Dónde estás, Julia? La bilis comienza a trepar por mi garganta y gracias a los rápidos reflejos de Michael que pide al conductor que pare en la cuneta, me da tiempo a abrir la puerta antes de echarlo todo. Los nervios

me comprimen el estómago, vaciándolo dolorosamente. Mis lágrimas escapan del control de mis ojos y siento cómo caen por mis mejillas mojando todo a su paso. Los fuertes brazos de Michael me envuelven mientras mi cuerpo tiembla de miedo y frustración por la incertidumbre del paradero de mi hermana.

Me siento desorientada, sin ser capaz de centrar mi atención a lo que me rodea, hasta que noto cómo van desprendiéndome de la bufanda y del abrigo. Abriendo los ojos a la realidad me veo en el salón de la casa de Michael. ¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Siéntate, preciosa, voy a prepararte algo caliente para que se te asiente el estómago y te calme los nervios.

Sólo soy capaz de asentir distraídamente, seguramente habría respondido de la misma forma si me hubiera propuesto hacer una inmersión de esnórquel en un lago de lava.

Tras obligarme a beber la infusión a sorbitos y entre hipidos, me acompaña hasta una bañera humeante. Capa a capa me va desnudando lentamente y beso a beso me va secando las lágrimas de las que no era consciente que surcaban mis mejillas. No es un baño erótico, no. Es una caricia de cuidados, suaves y lo suficientemente firmes para hacerme saber que él está a mi lado. Después de aclararme el pelo y secarme con una esponjosa toalla me carga en brazos y me mete en la cama. Ha debido de mezclarme algo en la infusión, pues los párpados me pesan tanto que soy incapaz de mantenerlos abiertos, así como si la colcha tuviera unos pesos, mis músculos están anclados al colchón. Sólo es cuestión de segundos que termine cayendo en la inconsciencia.

Me despierto desorientada y un poco mareada. Tras un rato parpadeando en la oscuridad mis ojos se habitúan y contemplan la habitación pulcramente ordenada de Michael. Giro mi cabeza esperando encontrármelo durmiendo a mi lado y sin embargo no hay nadie, el edredón estirado y la funda lisa de la almohada me indican que no ha llegado a acostarse en la cama. Miro rápidamente mi reloj de pulsera y veo que son las cinco de la mañana. Sin nada de sueño aparto las sábanas para sentarme cuando el aire provocado por el movimiento de la tela hace bailar una hoja encima de la mesilla. Es una nota de Michael.

“Preciosa, he tenido que marcharme por una urgencia en mi trabajo, volveré a la noche. Por favor, quédate en mi casa descansando. No vayas a Washington. Desde aquí buscaremos a tu hermana. Avisaré al hotel para que nos envíen tus maletas. Llámame al móvil siempre que lo necesites. Estás en casa”

Pues espera sentado bonito. Después de drogarme, por muy buenas intenciones que tuvieras, no voy a quedarme aquí, esperándote. Además, a mí nadie me da órdenes, y por muy bueno que estés no voy a hacer una excepción contigo.

Decido darme una ducha rápida para sacudirme de encima los últimos jirones de sueño, prepararme un café a costa del dueño de la casa y saquear la sección de dulces de su despensa. Una vez saciadas mis necesidades más básicas, cojo el abrigo, el bolso y mi cámara y bajo a coger el Uber que previamente había solicitado mientras desayunaba. Una vez que llego al hotel, compruebo que aún Michael no ha avisado para que envíen mis pertenencias a su piso, así que las empaqueto y tras hacer el *check-out* me marcho hacia el aeropuerto.

Mientras el taxi recorre las cerca de diez millas que separa el hotel del Aeropuerto de La Guardia decido llamar a Alfonso y ponerle al tanto de mi vida.

—Hola bombón, ¿qué tal con *el fiero*? —me pregunta con su buen humor habitual.

—No sé dónde está Julia —le contesto a bocajarro.

—Espera, espera. ¿Cómo que no sabes dónde está? ¿Tú no estabas aún en Nueva York?

Así que decido empezar desde donde dejamos nuestra última conversación. En esta ocasión mi amigo no hace comentarios picantes cuando le hablo de Michael, ni aplaude cuando le explico mi encuentro con Björn, tampoco muestra indignación con la forma en que el moreno me dejó K.O. Sólo, después de unos interminables segundos en que la línea quedó en silencio, le oigo respirar profundamente.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a ir a Washington, el vuelo sale en menos de una hora. Me acercaré al piso y...no sé, improvisaré, moveré cielo y tierra, pero no puedo quedarme de brazos cruzados.

—De acuerdo, pero ten mucho cuidado, por favor. Y si lo necesitas, en unas horas podría estar cogiendo un vuelo para allá.

Y sí, así es. Mi amigo sería capaz de presentarse aquí o en la Cochinchina si yo se lo pidiera.
—Tengo que dejarte, he de pasar el control del aeropuerto. Te voy llamando.
—Espero tus llamadas.
—Te quiero.
—Y yo a ti Bella.

La poco más de una hora de vuelo se me ha hecho eterna, nunca había disfrutado tan poco de un viaje en avión. Según iba mostrando la pantallita del reposacabezas delantero la cuenta atrás de los kilómetros restantes para aterrizar iba en aumento mi ansiedad. Incapaz de dejar de tamborilear los dedos o de mover los pies, me he llevado más de una mirada reprobatoria de la mujer trajeada, super maquillada y peinada de peluquería que se sentaba a mi lado, aunque por una vez no me he amilanado y le he devuelto sus miradas condescendientes. No está el horno para bollos, guapita. En esta ocasión soy de las primeras en desembarcar y dirigirme hacia la recogida de maletas. Parece que los hados me sonríen pues la mía es de las primeras en aparecer sobre la cinta transportadora. Cargada como un *sherpa* salgo hacia la parada de taxis, donde cogiendo uno me dirijo hacia la dirección del apartamento de mi hermana, con una ligera variante. Al más puro estilo detectivesco le he dado la dirección de la calle paralela, donde hay un pequeño hotel, y las habitaciones de la parte de atrás tienen las ventanas orientadas hacia el edificio de mi hermana. Mi intención es pedir una habitación que dé frente a la casa de mi hermana, y observar si hay alguien dentro.

Hay que reconocer que las ideas magistrales suelen no serlo tanto cuando las pones en práctica, y es que cuando he hablado con el recepcionista del hotel sobre la habitación que quería, sin darle más detalles, ha estado a punto de llamar a la policía pensando que había algo turbio en mi petición, hasta que, gracias a mi vena imaginativa, le he explicado que por el *Feng Shui*, necesito una habitación con la ventana orientada al Norte...y se lo ha tragado.

La pequeña habitación queda un piso por encima del apartamento de mi hermana, pero no tengo mal ángulo para observar las ventanas con el objetivo de mi cámara. Así que, tras desprenderme del abrigo, el gorro, la bufanda y los guantes, arrimo una butaca de madera y tejido damasquinado a la ventana y me siento a observar con la cámara, apoyando los codos en el alféizar de la ventana.

Lo poco que realmente puedo ver, ya que la luz hace reflejos en el cristal de las ventanas, es un salón desordenado, con una silla tirada en el suelo y papeles revueltos. Desde aquí, no puedo ver la habitación-zulo pues da a otra calle, y la de mi hermana tiene el estor bajado.

No es mucha la información que he obtenido. Solamente que o mi hermana lleva mucho tiempo sin ordenar la casa o alguien ha estado buscando algo y no de manera muy sutil.

Durante un par de horas me quedo vigilando que no haya movimiento en el apartamento. No tendría sentido, ya que hace 4 días que desapareció y parece que han revisado todo lo que han podido, pero reconozco que me da pánico entrar en la casa.

Recordando que en las películas siempre hay una furgoneta negra o de reparto en las inmediaciones de una zona vigilada, repaso la hilera de coches que están aparcados en ambas aceras, obligándome a abrir la ventana y asomar casi medio cuerpo. Nada, todo son utilitarios y la

poca gente que está en la calle va andando deprisa intentando huir del frío.

Finalmente, y ante lo inevitable, me armo de valor, salgo de la habitación y con paso apresurado, y ante la suspicaz mirada del recepcionista, abandono el hotel. Rápidamente doy la vuelta a la manzana y cruzo la calle parándome frente al portal. Necesito de varios intentos hasta que soy capaz de meter la llave en la cerradura.

Tras subir en el ascensor hasta la quinta planta me enfrento a la puerta de Julia. Como tengo el modo detective activado reviso que no haya ningún cable, o algún papelito inocentemente colocado que se cayera en caso de que alguien abriera la puerta, en fin, cualquier artilugio que delatara mi presencia y como no lo encuentro abro la puerta del apartamento.

El caos es mayor del que me imaginaba al otro lado del visor de mi cámara cuando me encontraba en la habitación de hotel. Realmente no sé si el que ha provocado esto estaba buscando algo o directamente se había dejado llevar por una enajenación estilo *berserker*. Los platos, vasos y demás vajilla se amontonan en pedazos por el suelo de la cocina, los sillones con los asientos y respaldos rajados dejan asomar sus tripas, los cojines corrieron la misma suerte. La pequeña televisión plana que antes colgaba de la pared ahora se encuentra en el suelo con la superficie marcada por diversos golpes contundentes. La estrecha librería está separada de la pared y tirada sobre el sofá, y sus silenciosos inquilinos parecen gallinas desplumadas.

Intento infructuosamente pasar hacia la habitación de mi hermana sin pisar nada. Aquí está todo tan destrozando como en la habitación contigua. El colchón inservible, la ropa desperdigada, tacones despegados de las suelas.

De igual forma, aseo y zulo se encuentran en el mismo lamentable estado. Está claro que el que entró en casa buscaba algo en concreto, que lo encontrara o no es algo que no puedo saber. Como tampoco puedo saber si mi hermana ha desaparecido por propia voluntad como resultado de esta intromisión, o si por el contrario los autores del allanamiento son culpables también de secuestro. Quisiera pensar que fue lo primero, pero entonces, ¿por qué no se había puesto es contacto conmigo?

Estoy a punto de abandonar el apartamento cuando recuerdo que hace unos años me enseñó una gorda carpeta negra, en ella decía que guardaba documentos que le salvarían el pellejo en caso de que algún perjudicado por su antiguo trabajo decidiera devolverle el golpe. Rápidamente vuelvo sobre mis pasos y me interno en el reducido espacio del zulo. El pequeño armario tiene un falso fondo del que se accede desde su base, por lo que, gracias al vaciado previo que hicieron los desconocidos, me resulta relativamente sencillo empujarlo y tirarlo sobre la cama. Una vez en esta posición me agacho y compruebo que nadie ha encontrado el acceso a los papeles de mi hermana. Rápidamente meto la carpeta en el interior de mi abrigo y me apresuro a abandonar el piso. No me siento cómoda al pensar que en cualquier momento pudiera volver quien quiera que haya provocado este caos.

Según entro en la habitación del hotel me aseguro de cerrar la puerta y correr las opacas cortinas de la ventana. Tras desprenderme de las capas de abrigo me siento en el medio de la cama con las piernas cruzadas como un indio y abro la carpeta.

Hay muchos documentos. Algunos fechados hace casi diez años. Cada dossier tiene grapada una ficha donde mi hermana apuntó el nombre de la persona que pagaba por la investigación, el nombre investigado o la empresa objeto de su hackeo, el motivo de la búsqueda y el resultado del trabajo. Hay muchos nombres y no sé por dónde empezar, hasta que al ir a sacar el siguiente grupo de papeles cae sobre mis piernas una memoria SD. Rápidamente me levanto y cogiendo mi cámara intercambio las tarjetas de memoria para visualizar el contenido de la nueva.

Las primeras fotografías me muestran un edificio de oficinas. El edificio de cristal azulado no tiene ningún letrero en el acceso o algo que me haga saber qué puede haber en su interior o dónde está. Las siguientes fotografías muestran un coche negro aparcando frente a la puerta de acceso, bajando acto seguido un individuo, con el pelo pulcramente peinado hacia atrás, a lo Mario Conde, llevando un traje azul oscuro. Un par de guardaespaldas tamaño armario le escoltan. A estos se les consigue ver la cara, ambos parecen hermanos y por los rasgos marcados de frente y pómulos parecen sacados de una película americana de la época de la guerra fría. Rusos. Sin embargo, al repeinado no consigo verle el rostro en ninguna de las instantáneas. En las siguientes imágenes, aparece uno de los gorilas, hablando con una mujer bajita, a pesar de sus tacones de vértigo, con una edad que rondaría entre los treinta y cinco y los cuarenta años, y con un abrigo rojo. A pesar de lo granulada que está la imagen, al haber sido sacada de noche, hay algo que me resulta conocido.

En las siguientes fotos aparece nuevamente la mujer acompañada por un hombre con la piel picada, muy desagradable, con el pelo ralo y negro, parece que están intercambiando unos papeles.

Su cara me resulta tan familiar que cambio rápidamente las tarjetas de memoria y reviso las fotografías que he hecho desde que pisé los Estados Unidos. Y efectivamente, ahí está. En una fotografía que hice en la Quinta Avenida, parado al lado de un edificio con un paraguas negro. Sigo pulsando el botón hasta que lo vuelvo a encontrar en Bethesda Terrace, poco antes del cambio de humor de Michael. ¿Sería este hombre al que se refería como antiguo socio suyo? Sigo avanzando cronológicamente las fotos hasta volver a encontrarlo en las imágenes que hice tras salir del Museo de The Cloisters, poco antes de que me recogiera Michael. A estas alturas me tiemblan tanto las manos que por poco me equivoco de botón y borro las imágenes de la memoria.

Me levanto y voy al aseo donde me mojo la cara y respiro profundamente mientras apoyo las manos en el mármol de la encimera y bajando la cabeza espero a que se me pase el momentáneo mareo que me sobreviene. Dios mío, ese hombre me estaba siguiendo. He estado siendo vigilada

todo este tiempo sin ser consciente de ello.

Decido continuar con las fotografías que hizo Julia. Las casualidades no existen y me temo que estas personas tienen que ver con su desaparición.

Al pasar a la siguiente imagen el corazón se me paraliza para empezar a latir con tal intensidad que temo sufrir un ataque al corazón. En ella aparece la mujer de antes con Michael. La imagen no deja lugar a las dudas. Están muy juntos, la mano de ella sobre el pecho desnudo de él. Y el cabronazo tiene las manos en el trasero de ella.

Hijo de perra. ¿Por qué he sido tan idiota? Maldita sea. ¿Quién es Michael? ¿Y los otros? ¿Por qué Julia los estaría investigando? ¿Michael la ha secuestrado? Seguramente el cabrón lo tenía planeado antes incluso de nuestro encuentro en el avión, y yo tan tonta caí en sus redes como una adolescente con las hormonas revolucionadas.

Lágrimas de rabia, frustración y desilusión recorren mi rostro, mientras lo único que se me ocurre es liarme a puñetazos contra la almohada.

No puedo respirar. Siento que me ahogo, por lo que me levanto y descorriendo la cortina abro la ventana de la habitación para que entre el aire. Noto el frío cortante en mi cara, pero no me importa, ahora mismo me daría igual coger una pulmonía y caer enferma en la cama. Todo se ha puesto patas arriba y siento un vacío donde antes creía sentir mi corazón latiendo. ¿Cómo he podido ser tan ilusa? Y lo peor, ¿por qué me afecta tanto la traición de Michael?

Noto cómo se me eriza la piel a causa del frío que va entumeciendo mis músculos, al otro lado de la ventana empiezan a danzar tímidos copos de nieve. De pronto mi teléfono pita desde algún lugar de mi bolso. Esperanzada porque sea un mensaje de mi hermana me arrodillo en el suelo, donde lo dejé caer al entrar en la habitación, y desperdigo su contenido para encontrar con mayor facilidad el móvil. Con dedos temblorosos desbloqueo el teléfono y abro la aplicación de *WhatsApp*. Un mensaje de Michael espera ser leído. Titubeante lo abro.

“¿Dónde estás, preciosa?”

Preciosa, mis cojones, Michael. Púdrete.

“Sé que has leído el mensaje. ¿Por qué no contestas?”

Siento cómo la rabia va burbujeando en mi interior ante su desfachatez y falsedad.

“¿Estás bien? ¿Qué te pasa?”

¿Quieres respuestas? Pues allá va, me digo remangándome mentalmente.

—“¿De verdad no lo sabes? No te hagas el tonto, que no te pega nada.”

—“Nuria, me estás preocupando, ¿dónde estás?”

—“¿Estás preocupado por mí? ¿O es por ti y tu trabajo?”

El móvil comienza a sonar entre mis manos, al parecer para Michael no es suficiente los mensajes.

—¡Dime dónde estás!

—¿Sabías quién era yo cuando nos conocimos? ¿Te acercaste a mí por ser la hermana de Julia, la chica a la que habíais secuestrado? ¿O te enteraste después de follarme?

El silencio al otro lado de la línea se vuelve muy revelador para mí.

—¿De qué estás hablando? ¡Yo no he secuestrado a nadie! Por favor, Nuria, ven a casa y hablemos.

—Tengo pruebas.

—¿Pruebas, sobre qué?

Mis múltiples personalidades se miran por encima de las gafas levantando manos y hombros, diciendo mudamente “ni idea”.

—De todo —replico intentando sonar convincente.

—Estás en Washington. —No es una pregunta.

—Adiós Michael, maldigo el momento en el que nos tropezamos.

—Nur... —Y cuelgo.

La adrenalina por haberme enfrentado a él corre furiosa por mis venas. Tomando una decisión, cojo el móvil y empiezo a fotografiar las imágenes que había hecho mi hermana desde la pantalla de la cámara las fotos. Son de malísima calidad así, pero tengo que poner a salvo esta información. Tan pronto como termino, reviso los dossiers de mi hermana, buscando aquél al que

pertenezcan estas fotos. Busco frenéticamente el nombre de Michael, pues es el único nexo que conozco. Finalmente doy con él. La tarjeta adjunta es muy distinta a las demás. El motivo pone “clasificado” y en el ordenante sólo aparecen las siglas “NSA”. Al menos sí indica la persona a la que tenía que investigar, Grigoriy Vasíliev. ¿Julia, en qué te has metido? ¿No te dedicabas a hacer ahora publicidad? Al igual que hice con el contenido de la tarjeta de memoria, fotografío todo el documento. Una vez hecho todo esto lo cuelgo en la nube que comparto con Alfonso.

Al cabo de 5 minutos escasos, los documentos han desaparecido. Acto seguido su llamada irrumpe en mi teléfono.

—Cuéntame —me pide.

Y se lo cuento todo. Alfonso puede ser el chico más extrovertido y divertido del mundo, quien te saca una sonrisa hasta en el peor de los momentos. Pero también es la voz de la conciencia que apacigua el ánimo y ofrece otro punto de vista que eras incapaz de ver. Antes de la llamada me encontraba en un callejón sin salida, pero al hablar con él una idea se va dibujando en mi mente.

—Necesito que busques todo lo que haya en la red de un tal Vasíliev. Tienes su nombre escrito en los archivos. Quién es. Trabajo. Familia. Contactos...

—¡Para el carro chiquilla! Recuerda que no soy tu hermana, que los sitios a los que yo accedo de internet son los mismos que el común de las personas.

—Sí, sí, perdona. Busca lo que haya, lo que sea será un buen hilo del que tirar. No me ha dado tiempo de leer el dossier, intentaré hacerlo en el vuelo.

—¿Vuelo? ¿Qué vas a hacer?

—Me vuelvo a Nueva York, de momento al único que conozco que está en los papeles es Michael y...

—Nuri —me corta— no juegues con fuego, ten cuidado. Por lo que me has contado ese tío sabe mucho de ti y tiene muchos recursos.

—Lo sé, pero no tengo otra opción.

—De acuerdo, pero tenme informado.

Ya ha caído la noche, pero sin tiempo que perder recojo todas mis cosas de la habitación. Tengo que marcharme al aeropuerto lo más pronto posible y coger el primer vuelo con destino a Nueva York, la nieve empieza a arreciar al otro lado de la ventana y temo que si cuaja llegue a colapsar el aeropuerto.

Al salir del ascensor me dirijo hacia el mostrador para hacer el *check out*, la recepción se encuentra a estas horas bastante tranquila, a excepción de varios hombres trajeados que hablan por teléfono. Tan pronto como llego ante el recepcionista éste hace un gesto con la cabeza a alguien que tengo a mi espalda. No me da tiempo a girarme cuando una mano me tapa boca y nariz, el miedo a sufrir el mismo destino que mi hermana me atenaza los músculos, pero no han pasado ni cinco segundos cuando noto cómo mi cuerpo empieza a caer en la inconsciencia, por segunda vez en veinticuatro horas. Vaya una mala costumbre.

En la actualidad

Me despierto cuando unas manos fuertes me agarran por la cintura, estoy tan cansada que no opongo resistencia y le dejo hacer hasta que me sienta. Algo en los ojos que no estaba antes me impide ver nada a mi alrededor.

—Haga el favor de estarse quieta, o se caerá nuevamente de la silla para volver a golpear su cabeza contra la mesa.

Entonces es por ello por lo que me duele tanto la cabeza. Poco a poco van llegándome a la memoria los hechos de los últimos días, la desaparición de Julia, los documentos que encontré en su piso, el ruso, la rubia y Michael. Me han debido de seguir y por eso me han encontrado, o quizá Michael los guio tras de mí tan pronto como colgué el teléfono. Tonta, soy una tonta que no tenía que haber contestado a sus mensajes ni a su llamada.

—¿Quién eres?

Pero ninguna voz me contesta. Ha debido de volver a dejarme sola. En la que me he metido. En la que nos has metido Julia.

Oigo cómo una puerta se abre para cerrarse segundos después. El ruido de unos zapatos marca el paso de su dueño, quien se dirige a la mesa dejando caer algo encima. Estoy tan nerviosa que pego un respingo en la silla. Tras un momento de silencio los pasos se acercan a mí y liberan mis manos de las esposas.

—No le conviene hacer ningún movimiento extraño —me indica un hombre con la voz potente y amenazante.

Acto seguido noto cómo me quita lo que deben ser unas gafas opacas con un cierre de velcro en la parte trasera de la cabeza. Rápidamente cierro los ojos cegada momentáneamente por una potente luz que incide directamente en mi cara. El dolor de mi cabeza se acentúa hasta provocarme una arcada.

—Tiene una papelera a su derecha, por si necesita utilizarla —me señala el mismo hombre.

Tras unos instantes en los que centro mis esfuerzos en respirar profundamente para paliar el dolor e intentar calmar mis torturados nervios, comienzo a abrir lentamente los ojos colocando mis manos frente a ellos para hacer una improvisada visera.

Una luz potente pende del techo, pero no lo suficiente como para no observar a un hombre con una camisa blanca arrugada sentado al otro lado de una mesa rectangular y metálica. Tendrá unos cincuenta años largos, con el pelo corto y cano en las sienes, bolsas bajo los ojos y una cicatriz en el mentón. No soy capaz de discernir, al estar sentado, su estatura, pero por el largo de sus brazos y lo tirante que se ve la camisa, no debe de ser ni alto ni delgado. Nos encontramos en una sala cuadrada, con espejos en las paredes, donde seguramente al otro lado haya cámaras grabándonos y personas vigilando.

—Dios mío —susurro amedrentada.

—Señorita Atienza, soy el Director Adjunto al Mando de la oficina del FBI de Washington. Nada debe de temer si nos cuenta la verdad y colabora con nosotros.

—¿FBI?

—Sí, FBI, eso he dicho —responde claramente hastiado.

—¿Por qué el FBI me retiene en contra de mi voluntad? ¿Sabe que no soy americana? ¡Quiero hablar con la Embajada de España!

Realmente no sé si la Embajada podría hacer algo por mí, quizá he visto demasiadas películas en las que esgrimen la inmunidad diplomática y tal, pero claro, tampoco yo soy diplomática.

—Somos conscientes de su nacionalidad, señorita Atienza. Sin embargo, ha sido hallada en su poder documentación relativa a ciber-espionaje e información estrictamente confidencial que atañe a la seguridad de los Estados Unidos de América. Por ello, espero que sea buena chica y colabore, o su futuro va a estar teñido de naranja y...

Un golpe en la puerta detiene la amenaza, se oyen murmullos a pesar de que imagino que la puerta no es una simple chapa metálica. Mi interlocutor, claramente ofuscado, se levanta y se dirige hacia la puerta abriéndola de un golpe.

—¿Qué pasa aquí? —vocifera—. Estoy en medio de un interrogatorio. ¿Y quién es usted? —pregunta a alguien a quien no puedo ver.

Observo que una mano masculina alarga una tarjeta como medio de presentación. La cara del Director Adjunto y *blablabá* pasa del colorado al blanco para tornarse púrpura.

—Ella es mía —sisea.

—No, nos pertenece a nosotros —responde tranquilamente el hombre cuya cara aún es una incógnita para mí.

Ay, madre, se están peleando por ver quién me retiene, y sinceramente no sé dónde prefiero estar. Esto es el FBI, y ya sabemos que los americanos suelen actuar y después preguntar, pero al fin y al cabo es una organización internacionalmente conocida que supongo que tendrá que cumplir con una legalidad. Y del otro aún no sé nada. ¡Por favor! Esto parece una pesadilla. No, si al final el hacer el reportaje fotográfico del capullo de mi exnovio y de la zorra de mi amiga va a parecerme hasta una buena idea.

Estoy tan ensimismada compadeciéndome y lamiéndome las heridas como un gatito, que no veo como un tío alto, con el pelo rubio y liso anudado en una coleta, ojos grandes y grises y de complexión delgada pero atlética entra en la sala y se detiene a observarme. *Madre del amor hermoso*. Mi chica interior se levanta de un salto y empieza a señalarle con ambos brazos diciendo “¡con él, insensata, ve con eel!”.

—Levántese y venga conmigo, por favor.

Me ordena con una voz tranquila y suave, tanto que no parece una orden.

Una mujer con media melena morena se acerca con mi carpeta negra y se la entrega al dios rubio.

—Espero que esté todo aquí —amenaza cortantemente a los presentes.

Y con la carpeta en una mano y la otra en mi espalda, nos alejamos de la sala de interrogatorios y tras bastantes pasillos y un par de ascensores, salimos al exterior del edificio del FBI. Es noche cerrada y una capa de varios centímetros de nieve nos sirve de alfombra hasta un vehículo grande y negro con las lunas tintadas que nos espera, con el motor encendido, cerca de la puerta principal.

No sé si estoy huyendo del lobo y me estoy metiendo en las fauces del oso, pero creo que tampoco puedo hacer mucho, me siento como Doña Rogelia en manos de Mari Carmen.

Tras subir al automóvil y abrocharme el cinturón de seguridad, observo a mi alrededor. Tras el volante un mulato de unos veinticinco años, muy delgadito y con gafas con montura cuadrada me observa curioso a través del espejo retrovisor. En el del copiloto se sienta el chico rubio que me ha sacado de la sala de interrogatorios, quien rápidamente se abrocha el cinturón y carraspeando indica al joven que conduzca.

—Nuria, tenemos por delante cuatro horas de coche y son las dos de la mañana. Harías bien en dormirte.

—Disculpa, pero no sé quiénes sois, ni a dónde me lleváis, ni qué queréis de mí, así que ya me estáis contestando. Además, mis maletas se han debido de quedar en las oficinas del FBI. ¿Y por qué me tuteas?

—Tus pertenencias están en el maletero y lo único que necesitas saber es que nosotros no somos el enemigo. Y ahora haz el favor de dormir, necesitas descansar.

Dicho lo cual, se da la vuelta e ignorándome empieza a escribir en el móvil, mientras el chico está concentrado al volante.

El vehículo es muy grande y cómodo, al lado de la puerta hay varias botellas de agua que miro con suspicacia. Las luces de la ciudad de Washington van quedando atrás y aunque intento mantenerme despierta, la verdad es que los nervios y el cansancio empiezan a pasarme factura, hasta que mecida por el rítmico movimiento del coche, el calorcito que hay en él, la poca luz, y el silencio sólo interrumpido por el motor, van acunándome hasta caer profundamente dormida.

—Buenos días, bella durmiente.

Con un gran esfuerzo intento abrir los ojos, mientras me sujeto el dolorido cuello resultado de dormir sentada. Un tanto desubicada miro a través de la ventanilla del vehículo. Estamos aparcados en una calle tranquila, frente a un pequeño edificio de ladrillo rojo, altos ventanales y una escalera de incendios serpenteando por la fachada.

—¿Estamos en Nueva York?

—Muy observadora —replica el rubio sin asomo de burla en la voz.

Veo que el mulato aparece por la puerta roja que da acceso al edificio y me sonrío al verme despierta.

—Buenos días, Nuria —me saluda—. Tus cosas ya están arriba.

Estos dos parecen muy amables y la verdad es que no sé qué pensar. Si fueran de la banda del ruso no creo que me trataran con tanta cordialidad. El FBI está descartado, ya los he visitado. Entonces, ¿quiénes son éstos?

—¿Podrías decirme ya quién demonios sois? —insisto poniendo las manos a ambos lados de

la cadera y mirando alternativamente a uno y otro.

—Enseguida llegaremos a ese punto —responde el rubio—, de momento, vamos a entrar en la casa, a colocar las cosas, y yo al menos quiero darme una buena ducha. Y después nos pondremos al día —dicho lo cual, echa a andar para poner en práctica su lista de quehaceres.

No quedándome otro remedio, ya que no voy a echar a correr calle abajo sin ni siquiera mi cartera a mano, le sigo al interior del edificio. Al pasar por la puerta me sorprende que sólo hay un botón en el telefonillo, algo que me aclara el chico joven al cerrar la puerta detrás de mí.

—Tu habitación está en la tercera planta, es la segunda puerta de la derecha. Tienes un aseo en el mismo dormitorio. La cocina y el comedor están aquí, en la planta baja. Luego te veo.

Y acto seguido desaparece por una puerta, que por lo que he podido ver por la rendija al abrir y cerrar se trata de una gran cocina.

Cansada física y mentalmente subo las escaleras hasta mi planta y observo que hay cuatro puertas blancas. Recordando las indicaciones me acerco hasta la mía y la abro encontrando mis maletas, mi cámara y mi bolso encima de una cama de forja blanca, cubierta con un edredón del mismo color con florecitas azules. Una mesilla y un aparador completan el mobiliario de la estrecha habitación. Al lado izquierdo una puerta abierta me muestra un pequeño aseo con ducha, la cual decido usar para despertar a mis agarrotados músculos.

Una vez aseada me pongo unas medias negras y un vestido azul noche de manga larga, en el cuello y en los puños un pequeño ribete de color amarillo da color al atuendo. Me calzo mis botas calentitas y bajo a la cocina, donde ya me esperan mis anfitriones con una humeante cafetera en medio de la isla de cocina.

—Tienes en la encimera una tostadora y la leche está en la nevera. Si quieres algo más elaborado siéntete como en tu casa para hacértelo —me señala con la boca medio llena el chico moreno.

El otro, sorbe su café mientras lee algo en un portátil.

Abro la nevera buscando la leche y reviso que la nevera está repleta de comida, lechugas, tomates, zanahorias, pollo, queso, cervezas y otros refrescos. Decido coger el queso y lo que creo que es fiambre de pollo y me dirijo a prepararme una tostada sobre la que ponerlos. Una vez sentada a la isla de cocina empiezo a desayunar con un hambre voraz, y es que, pensándolo bien, no había comido nada desde el día anterior, en casa de Michael. Sólo de pensar en su nombre la rabia me consume, aunque también siento una gran desilusión. Había algo en él que me impelía a acercarme, a no querer separarme. Pero *c'est la vie*.

Tras ingerir mi desayuno y un café, decido volver a llenarme la taza, y una vez saciado mi apetito me giro a mis acompañantes y les observo.

—Creo que me merezco ya ciertas explicaciones.

—Así es, empezaremos si te parece desde el principio —me responde el rubio.

Y levantándose con su portátil en la mano se acerca a la sala contigua donde varios sofás de cuero blanco presiden la estancia, una alfombra en tonos tostados cubre el espacio entre ellos y encima una mesa de madera blanca sobre la que descansa mi carpeta y muchos otros papeles.

—Yo me llamo Jack Hunter, pero todos me conocen como Hunter, y mi compañero es Chase O'Connor.

—Todos me conocen como Chase —bromea el aludido.

—Somos compañeros de trabajo de tu hermana.

Mi suspicacia debe de ser bastante evidente en mi cara, por lo que Hunter prosigue.

—Como imaginarás a estas alturas, Jul en realidad no trabaja en ninguna empresa de

publicidad. La verdad, es que todos nosotros trabajamos para Seguridad Nacional.

—¿Seguridad Nacional?

—Sí, la Agencia de Seguridad Nacional. Digamos que somos la agencia super secreta — responde levantando las cejas—. Mi equipo detectó hace poco más de un año una amenaza para la seguridad del país, bueno, en realidad la detectó Jul. Tu hermana es la mejor descryptadora de la agencia, y tras varias señales recibidas y un rastreo, pudimos enterarnos de que un país extranjero quería interferir en decisiones judiciales y políticas en nuestro territorio, algo que como comprenderás no podemos permitir.

—Rusos —susurro.

—Veo que tienes una mente ágil y analítica. Así es, por los datos que hemos recabado y la información que nos llega desde dentro, quieren provocar una campaña de desprestigio hacia la integridad de nuestro cuerpo judicial, así y como de la misma Casa Blanca.

—¿Con qué fin?

—¿Sabes qué pasará dentro de poco menos de un año? En concreto, ¿el primer martes después del primer lunes de noviembre? —me pregunta Chase.

—¿Las elecciones presidenciales? —exclamo sorprendida.

—Así es, desean tener a un títere gobernando el país, y a otros tantos regulando y aplicando las leyes —vuelve a contestarme Hunter.

—Y mi hermana los descubrió y por ello ha desaparecido —concluyo tapándome la boca con las manos. Esto supera mis peores miedos—. ¿Cómo podemos saber si sigue con vida?

—Por suerte nuestro infiltrado nos lo ha podido confirmar esta misma mañana.

—¿Cuántos sois?

—El equipo lo formamos Hunter, él es el jefe del equipo y además de trabajar en la NSA colabora en la Oficina Nacional de Reconocimiento, tu hermana, la especialista en criptoanálisis, Kurt, agente de la CIA que nos está ayudando en este caso, y yo, que soy especialista en análisis de tráfico.

—Creo que sólo he podido quedarme con los nombres, disculpadme, pero no soy conocedora de las diferentes agencias de inteligencia de este país, que al parecer son muchas, y, por ende, no tengo ni idea de a qué se dedica cada cual.

—No te preocupes. Lo único que tienes que saber es que vamos a sacar a tu hermana de esta — responde Hunter con una cálida sonrisa.

—¿Y cómo lo vais a hacer?

—Primero tenemos que localizar el sitio donde la tienen recluida, y luego diseñar el plan para la extracción.

—¿Puedo ayudar en algo?

—De momento, hemos de investigar los papeles que te requisó el FBI, quizá ahí haya algo que nos dé una pista de cómo localizaron a tu hermana para no caer en la misma trampa y delatarnos. Mientras tanto, tú puedes descansar. Te avisaremos si te necesitamos.

—Una última duda. ¿Cómo sabíais dónde estaba yo?

—Bueno, sabíamos por Jul que vendrías a pasar unos días con ella. Además, después de conocer su desaparición estuvimos vigilando su apartamento.

—No vi ninguna cámara.

—Para nosotros no era necesario. —Sonríe Chase—. Podemos manipular cualquier cámara conectada a una red o incluso utilizar los satélites.

—¿Y estáis mirando todo el rato la pantalla? —exclamo sorprendida.

—No, pero sabíamos que estabas allí y sólo fue cuestión de diez minutos de búsqueda para localizar a los poco sigilosos agentes del FBI que te estaban esperando.

Los chicos han subido a la segunda planta a estudiar las fotos y la documentación de Julia. Yo, mientras tanto, he decidido ponerme a cocinar, es una tarea que me gusta y me relaja, así no tengo que pensar demasiado en dónde estará mi hermana ni en qué condiciones.

Después de observar bien la nevera y la despensa, decido cocinar una tortilla de patatas, unas alitas de pollo al horno con salsa a la miel de romero y una ensalada con queso de cabra y tomates cherry. Sí, es increíble la variedad y cantidad de comida que hay en esta casa.

Estoy cortando los tomatitos cuando noto el móvil vibrando en el bolsillo del pantalón, así que me limpio rápidamente las manos en un paño y decido mirar quién me llama.

—¡Perraca! ¿No pensabas llamarme?

—¡Ay, Alfonso! Perdóname, cariño, me han pasado tantas cosas y tan surrealistas, que se me ha ido la cabeza.

—¿Estás bien?

—Creo que sí.

—¿Dónde estás?

—Pues ahora mismo en la cocina preparando una ensalada —respondo, y el silencio al otro lado de la línea me provoca un estallido de risa, es tan exageradamente cotidiano que choca frontalmente con las circunstancias que realmente me rodean.

—Nuri, te lo voy a volver a preguntar muy despacito, ¿es-tás-bieeeeeen?

—Síiiiiii, anda, siéntate que te tengo que contar.

Y vuelvo a poner en antecedentes a mi amigo. Este tipo de resumen, aunque en realidad le cuento todo con pelos y señales, me ayuda a serenarme, a ver la situación en conjunto, como si al decirlo en voz alta hiciera que el globo hinchado que llevo en los pulmones y no me deja respirar bien por los nervios y la ansiedad, fuera soltando aire y volumen.

—Joder, Nuri, cuando todo esto termine tu hermana me va a oír. No podía mantenerte en la inopia, te ha puesto en peligro, inconscientemente, pero has estado andado con una venda en los ojos que no te ha hecho otra cosa que tropezar.

—Ahora lo único que me importa es recuperarla.

—Por supuesto. Y ahora escucha tú bien. He recabado información como me pediste, y por lo que me acabas de contar, os va a resultar muy útil. ¿Te acuerdas de Joseba?

—¿El ertzaina?

—¡Bingo! Pues resulta que ya no está en la Ertzaintza, ahora trabaja en el CNI.

—Wow, vaya cambio. No sabía que seguías hablando con él.

—Bueno, hemos seguido estando en contacto, salir del armario le pasó mucha factura. Su familia se distanció de él y tampoco tuvo buen recibimiento en el cuerpo. Le animé a buscar un cambio y hace poco me avisó de que había aprobado unos exámenes y que se venía a Madrid.

—Bueno, ¿y?

—Pues que le pasé la documentación que me enviaste y resulta que Grigoriy Vasíliev es una joyita. Es uno de los hombres de confianza del presidente de todas las rusias, es por ello por lo que, aunque en España lleva a cabo sus labores como traficante de armas, la policía tiene las manos atadas. Además, se ha prometido con una jovencita de veinte años, hija de un oligarca ucraniano amigo suyo, al cual se le atribuye trata de blancas.

—¡Joder!

—La pelirroja —continúa mi amigo al otro lado de la línea—, es norteamericana y se llama Madison Lane. Es doctora y asesora médica. Sus principales clientes son altos cargos empresariales y gubernamentales.

—Bien —respondo secamente, rememorar la dichosa fotografía me ha puesto de muy mal humor.

—Lo sé, una zorra. Pero espera, que aquí viene lo que te interesa. La policía española tiene una grabación de hace unas horas en la que casualmente se encontraba su mano derecha, el georgiano Levan Meskhi, quien también está en el informe de tu hermana. En las fotografías es el hombre de la piel picada. —Ante su sola mención la piel se me eriza y me abrazo la cintura con mi mano libre—. Fue una sorpresa puesto que en esta ocasión no se trataba de compraventa de armas, sino de tecnología sanitaria. Al parecer una compañía alemana de instrumental quirúrgico y tecnología médica, ha desarrollado unos nano dispositivos que una vez entran en el torrente sanguíneo se pueden controlar y dirigir al órgano infectado, entonces el dispositivo suelta su carga viral que actuará en las células enfermas. Por tanto, se trata de una terapia de regeneración celular.

—¿Y por qué crees que todo esto nos interesa?

—En esta ocasión, la venta se centraba en nano dispositivos modificados. Digamos que la cápsula donde debería de ir la medicina está cargada con, espera que lo leo, isocianato de metilo. Es una sustancia tóxica que puede provocar hemorragias, hipotensión, así y como depresión del sistema nervioso central, provocando convulsiones y la muerte.

—Dios mío.

—Nuria, Levan Meskhi compró dicha tecnología y pidió que se la remitieran a la doctora Madison Lane y al doctor Pharell Peterson.

—¿Y ese quién es?

—El médico de la Casa Blanca.

Tan pronto como corto la llamada con Alfonso, me acerco rápidamente al recibidor de la casa, tanto que tropiezo con mis propios pies y tengo que agarrarme a la barandilla de las escaleras para no terminar empotrándome contra la pared. Subo un par de escalones y llamo a Hunter y a Chase. Esta información es muy importante y urgente. En estos mismos instantes Alfonso me está subiendo toda la documentación a la nube compartida.

Tras unos instantes aparecen en lo alto de la escalera mirándome inquisitivamente.

—¿Algo va mal? —pregunta preocupado Hunter.

—Mucho va mal, me temo. En estos momentos estoy recibiendo unos informes del CNI —al observar cómo Chase levanta una ceja, aclaro— es el Centro Nacional de Inteligencia de España. Creo que Vasíliev va a atacar contra el Presidente de los Estados Unidos.

El silencio que sigue a la bomba que acabo de soltar se ve interrumpido por la puerta de entrada cerrándose de golpe a mi espalda. No sé si es por el frío que ha entrado de la calle o como anticipación de lo que voy a ver, que toda mi piel se eriza.

Asustada por el golpe me giro rápidamente. Una amalgama de sentimientos golpea fuertemente mi corazón. Miedo. Ansiedad. Tristeza. Esperanza. Decepción. Debería estar huyendo escaleras arriba, me ha encontrado, trabaja para los rusos. Sin embargo, mis pies no me responden. Maldita sea, soy incapaz de retirar mi mirada de sus ojos negros, que me llaman como un faro en la oscuridad. Y mi corazón traidor palpita dentro de mí, como si su mera presencia le diera cuerda. Debería odiarle, y sin embargo no encuentro fuerzas en mi espíritu para hacerlo.

—Ya era hora que te dignaras a aparecer por aquí, Kurt. Te recuerdo que formamos un equipo, te guste o no —le increpa Hunter mientras baja las escaleras—. No puedes ir por libre. Además, tienes que presentarme tus informes, de esa manera es co...

—¿Kurt? —pregunto sorprendida.

—Sí, como te comenté Kurt es nuestro infiltrado —interviene Chase—. Fue él quien nos avisó de que habías volado a Washington.

¿Infiltrado? Entonces Michael, digo Kurt (me golpeo mentalmente la cabeza), está con los “buenos”, ¿no? Una oleada de alivio me hace respirar profundamente mientras cierro los ojos. Sin embargo, ¿por qué ocultarme su identidad?

—¿Desde cuándo sabes quién soy yo? —le pregunto directamente, ante la mirada extrañada de Hunter y Chase.

—Desde el principio —contesta con voz queda.

—¿Y por qué me hiciste vivir en la inopia? ¿Por qué hacerte pasar por quién no eres? ¿Por qué tanto teatro cuando te dije que no tenía noticias de mi hermana?

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí? —me pregunta Hunter y girándose hacia Kurt cuestiona—, ¿acaso os conocéis?

—Desde que pisé suelo norteamericano —contesto yo ante su silencio.

—Kurt, tenías órdenes expresas de vigilarla sin entrar en contacto.

—¿Vigilarme? ¿Acaso ahora soy un peligro? —pregunto ofendida.

—¡No! Julia nos avisó de que pasarías unos días en Nueva York, y como Kurt iba a estar allí con motivo de nuestra investigación, convenimos que en la medida de lo posible te echara un ojo encima, para asegurarnos de que estabas bien.

—Pues habría sido mucho mejor que no lo hubierais hecho.

Ante mi respuesta, Kurt cierra los ojos dolido. Pero no me importa, en realidad no quiero que me importe. Me ha mentado. Sus órdenes eran protegerme y sin embargo lo incumplió. No me protegió de sí mismo. ¿Hasta qué punto fue una charada? No tenía que acercarse a mí, pero me invitó a cenar. Nos acostamos. ¡Si hasta me presentó a Björn Östberg! ¿Por qué tantas molestias con la hermana de su compañera de trabajo? Y, sobre todo, ¿por qué liarte con la hermana de tu compañera de trabajo? ¡Ah! Demasiadas preguntas y ninguna respuesta. Pero, por ahora mi vida, mi corazón y mi cordura tienen que centrarse en encontrar y recuperar a mi hermana. Todo lo demás tendrá que esperar.

—¿Dónde hay un ordenador?

Tras acompañar a Chase a la primera planta, entramos en una sala que parece el centro de operaciones de cualquier película norteamericana. Una mesa central soporta varios equipos informáticos. En una pared han colgado varias pizarras magnéticas donde se entremezclan palabras, fotografías y fechas. En la pared opuesta varios monitores encendidos muestran imágenes de calles y edificios.

Tras señalarme un ordenador, procedo a buscar la información que Alfonso me ha remitido y tras la ayuda nuevamente de Chase, la proyecto en un televisor de pantalla plana. Les explico todo lo que sé y voy traduciendo los documentos que Joseba ha tenido a bien compartir con nosotros.

Cuando termino mi exposición observo la preocupación en la cara de los tres hombres.

—Chase, comunícate con Thompson, hay que poner bajo vigilancia al doctor Pharell Peterson, así y como a todos los políticos, congresistas y empresarios que suelen acudir a la consulta de Madison Lane. Pero es vital que no le diga nada al Presidente, no es un buen actor.

Rápidamente Chase se pone en pie y sacando el móvil del bolsillo se pone a marcar mientras sale de la sala.

—Tu turno, Kurt. ¿Qué has averiguado?

—Madison me ha confirmado nuestro mayor miedo.

—¡No jodas! —exclama Hunter mientras se pone de pie arrastrando la silla y se echa las manos a la cabeza.

Kurt asiente con la cabeza mientras aprieta los labios y antes de proseguir me mira fijamente a los ojos.

—Vasíliev ha acordado un encuentro con su futuro suegro para entregarles a Julia.

—¿Entregarles a Julia? Rápidamente tiro de memoria, ¿con quién se iba a casar?

—Un momento, ¿no es ese hombre del se rumorea que hace trata de blancas? —pregunto alarmada.

Durante unos segundos el silencio ocupa el espacio, oprimiéndonos.

—Sí —me contesta Kurt.

Por unos instantes soy incapaz de reaccionar. No puede estar sucediendo lo que mi imaginación va creando, asaetándome con imágenes de mi hermana siendo vendida y utilizada. Ni siquiera soy consciente de estar llorando hasta que una mano me limpia las lágrimas que están resbalando por mi cara. Mis ojos borrosos enfocan a un preocupado Kurt. Su cercanía, sumada al miedo por mi hermana, me ahogan por lo que huyo de su contacto poniéndome de pie y paseándome por la sala.

—Nuria, vamos a rescatarla. Te lo prometo —me asegura Hunter, desde el otro lado de la sala, con los ojos fijos en mí—. Kurt, ¿sabemos dónde la tienen retenida?

—En la casa de los Hamptons.

—Eso complica una intervención sigilosa.

—Sí, está llena de cámaras de seguridad que son visionadas en directo por dos miembros de seguridad de Vasíliev, pero aparte de ello no sé con cuantos efectivos contarán.

—Además, no sabemos en qué parte de la casa la tendrán.

Tras varios minutos discutiendo cómo averiguar dónde la tienen encerrada y la forma de acceder a la vivienda de manera que no salten las alarmas, llegan a la conclusión de que tendrán que esperar a que vayan a hacer la entrega, no pueden entrar sin saber exactamente a dónde ir, y si no saliera bien el rescate, además pondrían el peligro la misión de pararle los pies a Peterson y a Lane. A no ser que...

—Podéis manipular sus cámaras, ¿verdad?

—Sí, estoy seguro de que Chase podría meterse.

—¿Y podrías hacer como en las películas? ¿Poner una grabación en bucle? ¿O cargaros momentáneamente el sistema?

—Podríamos hacer que se cayera la conexión sin llegar a ser rastreados.

—¿Qué estás pensando? —pregunta Kurt receloso.

—Digamos que dejamos que me atrapen de manera casual.

—NO —gruñe Kurt.

—Sigue —me anima Hunter.

—¿Estás loco? No podemos ponerla en peligro también a ella. Además, no tiene la preparación necesaria para enfrentarse a una situación así.

—Primero vamos a escuchar su idea. Luego veremos qué podemos aplicar y qué no. Sigue Nuria.

Tras un sonoro bufido por parte de Kurt continúo exponiendo mi idea.

—Si pudierais ponerme algún tipo de localizador que no sea fácilmente detectable, podríais seguir mi rastro dentro de la vivienda. Lo más probable es que me lleven junto a mi hermana. Si además dispusiéramos de algún tipo de micrófono os podría relatar lo que viera ahí dentro. De esta manera, cuando hicierais caer el sistema de vigilancia podríais acceder de manera directa a donde estemos. Así no tenemos que esperar al momento de la entrega, pues seguramente entonces habrá más seguridad ya no sólo rodeando a Vasíliev, sino también a su suegro.

—No —insiste Kurt. Sus oscuros ojos me taladran, dejándome claro que no va a aceptar nada de lo que diga.

—No es mala idea —interviene Hunter. Rápidamente Kurt gira su cuerpo para encararlo cuando aquél levanta una mano silenciándolo antes de proseguir—. Sin embargo, encuentro un gran problema, y es que no te conocen.

—Me temo que si la conocen —contesta Kurt bajando la mirada hacia el suelo.

—Y por la forma en que lo dices presupongo que es por tu culpa, ¿verdad? —inquieta pasando una mano por la frente y mesándose su rubio cabello—. Nos cruzamos con Levan Meskhi en Central Park, intenté sacarla de allí lo más rápido posible, pero nos vio —alega mientras coloca las palmas de las manos hacia arriba, en claro reflejo de derrota.

—¡Me cago en todo Kurt! ¿Qué cojones te pasa? Desoyes las órdenes y además...

—Disculpadme —interrumpo la muy acalorada discusión—, pero en realidad ya me estaban siguiendo.

Tres pares de ojos se fijan en mí, puesto que Chase se había apoyado en el quicio de la puerta durante el enfrentamiento entre Kurt y Hunter. Me levanto de la silla e, indicándoles con la mano que tardo un segundo, salgo corriendo de la sala y subo a mi habitación, de donde recojo la funda de mi cámara y las tarjetas de memoria. Ya, de nuevo frente a los tres hombres, me dirijo a Chase

para que me ayude a conectar la cámara a la televisión. Una vez hecho, voy pasando las instantáneas hasta pararme en la que hice en mi primer paseo por las calles de Nueva York, tras ello nuevamente vuelo sobre las imágenes hasta detenerme esta vez en la que hice frente al museo.

Mientras ellos observan las imágenes una y otra vez, comentado y revisando el resto de las fotografías, me detengo a mirarlos. Chase, sentado encima de la mesa y con la cámara entre sus morenas manos, es quien dirige el visionado. Su mirada, a través de las gafas, se ve limpia y analítica, da la impresión de que podría caerle una bomba atómica a sus pies que él ni se inmutaría. Hunter, con su melena rubia y su pinta de surfero, observa las imágenes que van pasando por la pantalla del televisor sentado y con los codos apoyados en las rodillas. Su perfil es anguloso, con un cutis perfecto, posiblemente pase delante del espejo más tiempo que yo. Y está claro que debe de necesitar un matamoscas para quitarse de encima batallones de admiradoras. Está *pa mojar pan*. Por último, está Kurt, antiguamente también conocido como Michael, el hombre por el que mi irracional corazón se desboca con solo mirarle. Para no fallar a la costumbre tiene el ceño fruncido, su mirada también fija en la televisión. Sus poderosos brazos cruzados por delante de su pecho, las piernas ligeramente abiertas, anclando bien su peso al suelo. Todo él emana fuerza y confianza. Representa una incógnita para mí. Me siento utilizada, pero a la vez alagada por que se saltara las normas y se acercara a mí. Le daría un puñetazo por mentirme y un beso por darme la oportunidad de cambio que estaba buscando en mi vida. Quiero huir de él porque me da miedo lo que me hace sentir, pero a la vez, y precisamente por ello, lo siento como una tarea titánica. De repente sus ojos abandonan la pantalla y los dirige hacia mí. Me observa en silencio. Poco a poco su frente se alisa y sus cejas se elevan ligeramente. Abre la boca para tomar una bocanada de aire y la vuelve a cerrar, baja los ojos hacia sus pies y niega suavemente con la cabeza. Abatido. Me dan ganas de acercarme, pero obedientemente mis pies se quedan quietos.

—No veo a nadie más conocido en ninguna de las otras fotografías. No sé cuál puede ser el motivo por el que te han estado siguiendo, Nuria. Deben de saber que eres la hermana de Julia, pero no sé qué otro interés puede tener en ti. Y el hecho de que aquí este impresentable se te acercara, no ha ayudado —Hunter rompe el silencio.

—Sin embargo —opina Chase—, el que sean conscientes de que Kurt y Nuria se conocen...

Abruptamente se detiene y corre hacia una caja que hay en una esquina. Tras rebuscar y sacar varios cables, se gira con un palo metálico, parece un escáner portátil de esos que venden en Amazon. Tras apretar un botón, se acerca acelerado a Kurt, mientras Hunter se pone en pie y se acerca a ambos hombres. El aparato va emitiendo un pitido suave y continuo según Chase lo va pasando cerca del cuerpo de Kurt. Pecho, piernas, brazos... Tras varios instantes en los que inconscientemente aguantamos la respiración, el escrutinio se detiene. Tras un gesto de la mano, Kurt le tiende el móvil y rápidamente Chase lo conecta a un ordenador y empieza a teclear frenéticamente. Los minutos pasan lentos y la atmósfera en la sala empieza a ser pesada, tanto que necesito sentarme pues la tensión del momento me afloja las rodillas. Tras girarse en la silla y respirar profundamente, Chase continúa.

—Estás al descubierto, Kurt. Hoy no llevas ningún micro, pero si ellos no te han hablado de Nuria y no han hecho referencia a vuestra relación, es porque tu tapadera ha volado.

—¡Mierda! —grita Hunter—. Y lo más seguro es que la información sobre Jul sea falsa.

—Toda no. Es cierto que la tienen y van a hacer el intercambio con el ucraniano, eso lo pude leer en el móvil de Madison, pero probablemente el lugar sea otro, y si vamos a los Hamptons lo más seguro es que caigamos en una trampa. Creo que voy a cavar mi propia tumba —dice Kurt

mirándome— pero quizá podamos aprovechar que me vigilan para que Nuria pueda entrar.

—¿Pero cómo? —inquiero nerviosa.

—Si te vigilaban es o porque creen que sabes algo o porque quieren utilizarte. Que, además, como da la casualidad de que te relacionas con un hombre que hasta el momento consideraban un aliado, tu valor ha aumentado. Si observamos tus fotografías, Meskhi está en la primera bastante apartado, camuflándose con la gente. Está sólo ahí para para anotar tus rutinas. La segunda ocasión, en Central Park, se deja ver, tanto que Kurt teme que haga algo más y por ello te saca de allí echando leches. —Ante dicho comentario miro al aludido levantando una ceja, ¿realmente pretendía protegerme a mí o a su tapadera? Ante mi gesto él sólo asiente con la cabeza—. Y, por último, en la foto que hiciste en The Cloisters su cuerpo está en movimiento, va directo hacia ti, aunque no eres consciente de ello, pues no le estás enfocando directamente. Pondría la mano en el fuego y no me quemaría en asegurar que, si no llega a aparecer Kurt en ese momento, estarías corriendo la misma suerte que tu hermana.

—Suerte que pretendo seguir —comento en un susurro, intentando asimilar todo lo que acaba de decir Chase.

—Nuria, no es necesario que te involucres más. Podemos pedir refuerzos para sacar a tu hermana de ahí —me dice suavemente Hunter mientras se agacha ante mis rodillas para estar a la altura de mis ojos.

—Por una vez, estoy totalmente de acuerdo contigo —señala Kurt, y volviéndose hacia mí, prosigue—, pero si decides seguir hacia delante, has de saber que siempre vamos a estar cerca. No te voy a dejar sola —finaliza acariciándome ligeramente la mejilla.

Hunter y Chase observan silenciosos nuestro intercambio de miradas y sutilmente abandonan la sala dejándonos solos.

Tengo miedo, mucho miedo. Sería una insensata o una loca si la situación no me superara. Así como también soy consciente de que haré todo lo que esté en mi mano para ayudar a mi hermana. Su vida corre peligro, y si me meto en todo este embrollo, la mía también se tambaleará como un funambulista borracho en la cuerda floja. Aunque realmente, ¿no lo está ya? Sí. No sé si conseguiré sacar a mi hermana de las redes de estos mafiosos. No sé si yo también compartiré su suerte. Pero de lo que estoy convencida es que jamás me perdonaría quedarme de brazos cruzados, no darlo todo en ayudar a Julia, aunque ponga en peligro mi propia vida.

Kurt ocupa el espacio donde antes estaba Hunter y entierra la cabeza entre mis piernas. Lo veo cansado, asustado. No es Michael, el hombre seguro de sí mismo con quien me encontré (¿casualmente?) en el avión, confiado por saberse con el control de su vida y con poder para manejar a quienes le rodeaban. A mis pies está Kurt, un hombre que busca consuelo en mí, que sorprendentemente ha tirado al suelo la coraza con la que se protegía. Lentamente y con mano temblorosa, acerco mi mano hacia su pelo negro. Es tan sedoso y fino como lo recordaba. Yo también me siento derrotada, tengo miedo de los sentimientos que me provoca y no tengo fuerza para mantener mi máscara de indiferencia ante él. Y eso es lo que le muestro a través de mis ojos cuando levanta la cabeza y me mira. Hay muchas cosas que tenemos que aclarar, secretos que confesar y miedos que compartir. Debemos hacerlo para que yo pueda confiar plenamente en él. Y así creo que también él lo comprende, porque poniéndose en pie me tiende una mano invitándome a seguirlo diciendo un escueto *necesitamos hablar*.

Tras subir a la tercera planta, Kurt se detiene frente a la puerta que hay al lado de la mía, y tras abrirla me invita a pasar. No dudo en hacerlo. La estructura de la habitación es un calco de la mía, pero invertida, como si hubiera un espejo en la pared compartida. Sin embargo, aquí da la sensación de que los muebles se colocaron para la habitabilidad de la sala, pero no hay indicios de que alguien la haya hecho suya, no hay detalles personales. La cama de madera lacada en negro, con cabezal recto y un edredón blanco se encuentra en el frente de la habitación, entre dos ventanas altas. Junto a la pared de la izquierda hay un pequeño sofá en cuero negro y a la derecha, al lado de la puerta que imagino conecta con su aseo, un pequeño aparador también lacado en negro.

Kurt tras cerrar la puerta a su espalda me indica que tome asiento. Me muevo hasta el sofá y observando que él va a hacer lo propio, me siento en una esquinita. Kurt suspira al ver el hueco que intento imponer entre nosotros, cosa bastante difícil, siendo que los dos somos bastante grandes y el sofá demasiado pequeño.

—Nuria, antes de nada, debo disculparme contigo. No obré bien. Pero necesito que entiendas porqué hice las cosas así, ya que nuestra historia no se remonta a nuestro encuentro en el avión. Te conozco de antes. —Ante mi mirada extrañada, levanta las manos y con las palmas hacia mí me indica que no diga nada, que le deje continuar—. No te asustes preciosa, no estoy loco, o al menos no de la manera que estás pensando ahora —dice con una ligera sonrisa que no le llega a los ojos, y mirándose a las manos continúa—. Te conozco desde hace poco menos de un año, que es cuando la CIA me derivó temporalmente a Seguridad Nacional para investigar a Vásíliev. Entonces conocí a tu hermana. Una chica sin pelos en la lengua, con un carácter duro y con un ingenio muy agudo. Al principio la veía como una friki borde y alternativa, cada semana traía el pelo de un color diferente y me daba la sensación de que en cualquier momento era capaz de clavarme el portaminas en el ojo si no decía lo que quería oír. Sin embargo, a los dos meses conseguí ablandar su coraza. No sé qué fue, la verdad, tendré que preguntárselo algún día. Pero de repente empezó a hablar conmigo. A contarme cosas de su vida y por ende la tuya, y es así como te conocí. Según me iba relatando historias de vuestra infancia y adolescencia, de la relación que mantenéis con vuestra madre, de tu empresa de fotografía, me iba creando una imagen de ti. Yo, en parte os envidiaba, a pesar de estar separadas por un océano os sentíais cercanas, cosa que yo sólo soy capaz de imaginar al no tener ni hermanos ni más familiares vivos. Poco a poco, y gracias a los pequeños detalles que iba descubriendo en ti a través de los relatos de tu hermana, me fui enamorando. Sí Nuria. Me enamoré de la fotografía tras el objetivo, de la hermana de mi compañera, de la protagonista de unos relatos que oía casi a diario. —Tras coger aire continúa ahora mirándome a los ojos— Sabía que volabas en el mismo vuelo a Nueva York que yo, me lo comentó Julia. Por ello esperé un buen rato en mi asiento para desembarcar. ¡Qué sorpresa la mía

cuando te vi peleando con tu maleta! —Sonríe—. Estabas por fin frente a mí, y no pude reprimirme en hablar contigo, sin embargo, una inoportuna llamada de Hunter me hizo reaccionar, y por ello te dejé tirada en el aeropuerto. Cuando volviste a chocar contra mí en el hotel decidí que no quería seguir luchando, pues el destino te ponía en mi camino una y otra vez. Si recuerdas bien, en ese momento no me presenté, fue Madison quien me llamó por mi nombre ficticio, lógicamente no podía decir que ese no era mi verdadero nombre. Si después no te saqué del error fue porque en realidad se suponía que no podía hacer lo que estaba haciendo, además creía estarte protegiendo al no revelarte mi identidad real, cuanto menos supieras menos te expondría a Vasíliev. O al menos, eso era lo que yo creía. No sabes cómo me dolía que no te refirieras a mí por mi nombre, que no lo gritaras cuando nos acostamos aquella noche. Creí estar siendo discreto, sin embargo, cuando nos encontramos a Meskhi en Central Park, creí volverme loco, no quería que te relacionaran conmigo ni con nadie, quería que siguieras siendo una persona anónima. Siento haberte fallado Nuria. Sobre Björn Östberg quiero que sepas que le conozco hace años, y cuando tu hermana me mostró tu Instagram no dudé en enseñárselo a Björn, él vio el potencial que tienes, preciosa. —Tras unos segundos en los que nos perdemos en los ojos del otro, Kurt se pone en pie para proseguir mientras camina por la habitación—. Desaparecí pues tenía que contactar con Hunter y Chase desde mi piso, donde tengo inhibidores de frecuencia para proteger mis comunicaciones, para saber si había nuevas noticias de tu hermana, pues te recuerdo que esa misma mañana confirmaste lo que temíamos. Habitualmente en el grupo de trabajo contamos con bastante libertad de movimiento. Si estamos de encubierto o realizando alguna actividad específica, podemos pasar varios días sin contactar con Hunter, el jefe del equipo. Tu hermana llevaba 24 horas de retraso. Cuando me confirmaron su secuestro volví hacia ti. Creo que nunca pasé tanto miedo como los 20 minutos que tardé en llegar al museo y verte —me confiesa mientras retuerce sus manos nerviosamente—. De ahí llegamos a mi apartamento, donde lamentándolo mucho tuve que darte un somnífero. Tenía una reunión esa noche con Madison y no sabía cómo te tomarías el que te abandonara cuando te acababa de confirmar la desaparición de tu hermana, no quería que creyeras que era insensible a tu dolor y tampoco era el momento de sincerarme con respecto a nuestro trabajo e identidad, no había tiempo para ello ni tú estabas mentalmente centrada para entenderlo. Cuando al día siguiente volví y no te encontré me volví loco. Revisé la grabación de las cámaras y observé que habías decidido marcharte por tu propio pie. Fui al hotel para comprobar que habías hecho el check-out hacía ya varias horas. Cuando por fin conseguí hablar contigo y me acusaste del secuestro de tu hermana, alegando tener pruebas de ello, comprendí que estabas en el apartamento de tu hermana y debías de haber encontrado documentación que me incriminaba, lo lógico si aparecía en el informe que hacía tu hermana del caso. Justo después de que me colgaras avisé a Hunter de tu paradero, sin saber que también te había localizado el FBI, y es que a pesar de que tu hermana trabaja para Seguridad Nacional, los de la agencia federal la tienen ojeriza por un antiguo trabajo que hizo y les dejó bastante mal parados, y casualmente apareciste tú por su apartamento. Y bueno —dice acercándose nuevamente al sofá y sentándose de tal manera que sus manos apoyadas en sus rodillas casi acarician las mías —, eso es prácticamente todo lo que ha pasado y se ha convertido en un escollo entre nosotros y que quiero eliminar. No más mentiras. Lo juro. Sólo espero que algún día sepas perdonarme y aceptes conocerme —concluye apoyando la espalda contra el respaldo del sofá en actitud derrotada.

Durante unos minutos el silencio se acomoda entre nosotros. Tras reconsiderar lo que ha

pasado, tras ligar mi verdad de los hechos con la suya, comprendo su forma de actuar. Está claro que no obró correctamente, pero sí que lo que hizo fue porque pensaba que así me protegía, y eso, de momento, me basta. Me acerco y me abrazo a él. Todo este tiempo mi alocado corazón presentía la verdad, a pesar de que mi cerebro gritaba a mis pies para alejarnos de lo que creíamos ver. Kurt, con un suspiro, me aprisiona en sus brazos de manera cálida, acariciando mi espalda, mis brazos, hasta elevar sus manos a mi rostro. Ahí se detiene a observarme con los ojos acuosos, observándome como quien es testigo de un milagro.

—Eres tan perfecta, mi preciosa.

Y me besa. Primero suavemente, tanteando mi reacción, temeroso de equivocarse, para ir ganando en intensidad, convirtiéndolo en una batalla en la que los dos nos sentimos vencedores. Nuestras manos recorren con el ansia del sediento el cuerpo del otro, verificando que no es un espejismo. Nuestras respiraciones se van entrecortando según va aumentando nuestra excitación. Con premura y algo de torpeza conseguimos desnudarnos el uno al otro, hasta caer en la cama, donde buscamos hacernos uno, fundirnos en el alma del otro.

Tras recuperar el resuello me incorporo en la cama y observo a Kurt. El brillo pícaro en sus ojos, la sonrisa lánguida, sus anchos hombros, los rizos morenos de su pecho que trazan una vertical que pasa por el ombligo y desaparece por debajo de la sábana, todo él se ha convertido en mi canto de sirena, pero al contrario de Ulises, no pienso atarme a ningún mástil. Acercándome nuevamente a él le doy un suave beso.

—¡Ahora mueve tu duro culo, que hay que salvar a mi hermana!

Tras una carcajada, me devuelve el beso con más intensidad que el mío, y poniéndose en pie dice aquello de “¡señor, sí señor!”

Tras una ducha rápida y llena de risas, bajamos a encontrarnos con Hunter y Chase. Bueno, yo me medio escondo detrás de la espalda de Kurt, pues me siento de repente sumamente cohibida. ¿Qué pensarán de mí? Por suerte, actúan como si no hubiera pasado nada. Están en la cocina, sentados alrededor de la amplia isla de cocina, dando cuenta de la comida que había dejado preparada.

—Esto está buenísimo, Nuria —dice Chase con la boca llena—, hace tiempo que no comía tan bien.

—Ya te dije que hicieras aquel curso de cocina —le dice Hunter mientras lee algo en su portátil.

—No, lo que tú querías era que, una vez inscrito, te presentara a la profesora —contesta entre risas.

Kurt y yo nos sentamos también a comer con ellos, no me había dado cuenta de lo hambrienta que estaba hasta ese momento, y pasamos unos minutos agradables entre bromas y risas. Hunter y Kurt parecen haber firmado algún tipo de tregua, y aunque su comunicación no es fluida, toleran con buen talante las chanzas del otro, aunque éstas son más comedidas que las que dirigen a Chase o incluso a mí.

Una vez limpia la mesa y cada uno con un café en la mano, nos ponemos serios y empezamos a trazar posibles acciones para recuperar a mi hermana. Sin embargo, antes de poder llegar a trazar el plan final, Hunter recibe una llamada. Tras mucho escuchar y poco hablar, corta la comunicación y nos mira seriamente.

—Era Thompson, han interceptado una comunicación del doctor Pharell Peterson. Van a actuar mañana.

—¿Mañana? —exclama extrañado Chase.

—Como no quieran retransmitir la muerte del presidente mientras indulta al pavo —comento yo, en clave de humor.

Pero al parecer, mi comentario hace que mis acompañantes abran desmesuradamente sus ojos, tomando en serio mi apreciación, tanto que Hunter se pone rápidamente en comunicación con

Thompson.

—Esto implica que tenemos que actuar ya —nos indica Hunter tan pronto como corta la llamada—, en el momento que el equipo de Thompson frustré la acción del doctor Peterson, Vasíliev y los suyos desaparecerán del mapa. Por tanto, debemos descubrir ya el paradero de Jul.

—Lo mejor será que actúe como siempre, ignorante de que han desenmascarado. Ahora vuelvo —dice Kurt sacando el móvil del bolsillo mientras sale de la cocina.

—Chase, tendrás que estrenar todos esos caros juguetitos que tienes para que Nuria sea una antena parabólica. Necesitamos tenerla protegida y controlada en todo momento, ver y oír todo lo que ella vea y oiga —continúa dando órdenes Hunter—. Y tú Nuria, lo lamento mucho, pero ya no tenemos tiempo como para no aprovechar tu idea, te necesitamos.

—Sí —contesto con la voz nerviosa— contad conmigo.

—Ven Nuria —me indica Chase con una sonrisa amable, e intentando animarme y borrar parte de mi nerviosismo suelta— voy a ser tu *personal shopper* del espionaje.

Bueno, el plan es relativamente sencillo. Kurt y yo nos vamos a dejar ver por las calles de Nueva York. Unas horas más tarde, él acudirá a una cita con Madison para, no quiero saber ni imaginar de qué manera la entretendrá, hackear su teléfono y acceder a toda la información de mensajes, buzón de voz, correos, ubicaciones de GPS por donde se ha movido, archivos en la nube (si los hubiera), e incluso, redes sociales. Tenemos la esperanza de que en algún sitio encontremos información sobre el lugar donde está mi hermana. Y en cuanto lo tengamos, ahí entraré yo. Chase me ha explicado cada gadget que llevo con palabras técnicas, a las que yo seriamente iba asintiendo como si me estuviera enterando, cuando en realidad por dentro le miraba como si tuviera un Gremlin empapado sentado en su cabeza. Se supone que llevo unos pelos estilo extensiones, realizados con no sé qué componentes que tienen apariencia y tacto de pelo, algo más grueso (micras de diferencia), que funcionan como un geolocalizador. Vamos, un gps para tenerme localizada. Por otro lado, me ha hecho la manicura permanente, con la diferencia de que el gel lleva *unosécuantos* que no sé de qué manera convierte las ondas de *churrufús* en frecuencias de *patatín*. Lo que viene siendo un micro. Por último, me ha entregado un taser camuflado en la hebilla de un cinturón super mono y una pulsera de brilli brilli, cuyas piedrecitas se desprenden pudiendo ser nuevamente adheridas a una superficie funcionando como micro. Finalmente, y antes de salir por la puerta, me ha colocado una bufanda de lana con un cierre metálico en cuyo interior ha colocado un inhibidor, para que cuando me cacheen y me pasen un detector, toda la parafernalia que llevo encima no “pite”, luego simplemente tendré que alejar la prenda un metro para que todo vuelva a funcionar correctamente. Me siento como James Bond. Ante esta idea mi chica interior despliega un poster de Austin Powers. En honor a la verdad, no me siento tan confiada como aquel y sí bastante patosa como éste.

Cuando salimos de la casa un Uber nos está esperando en la puerta, así que nos metemos en él y nos dejamos llevar a nuestro primer destino, Battery Park, porque si están vigilado el apartamento de Kurt, probablemente pinchen las cámaras de seguridad de la zona, y de esta manera llamaremos su atención. Como una pareja más paseamos agarrados de la mano, observando disimuladamente entre sonrisas y abrazos nuestro alrededor. Caminando lentamente nos vamos acercando al edificio donde Kurt tiene su piso, al que accedemos sin mayor complicación. Una vez arriba, Kurt se cambia de ropa y se prepara para su cita con Madison. Yo, intento relajarme preparándome una infusión y ojeando la televisión por cable. Tras mucho dudar me decido por un clásico, no voy a ser capaz de concentrarme en nada, así que mejor algo sencillito y conocido. En el canal Hollywood van a dar La costilla de Adán, protagonizada por Katherine Hepburn y Spencer Tracy.

—Ey, fierecilla —me llama Kurt en un claro guiño a la actriz, que junto a Cary Grant rodó una película llamada La fiera de mi niña—. ¿Estás bien?

—Sí, claro.

Pero en realidad nada está bien. Estoy terriblemente preocupada por mi hermana, celosa porque Kurt se vaya a tirar a los brazos de la pelirroja y porque la valentía con la que me ofrecí para entrar en la boca del lobo se está diluyendo al verle los grandes dientes afilados.

—Shhh —me dice sentándose a mi lado y abrazándome— todo va a ir bien. Recuerda que tienes que esperar a que Hunter se ponga en contacto contigo antes de moverte de aquí, y luego vas a estar siempre monitorizada. Te quiero, preciosa. Y no, no me tienes que decir nada, ya me irás conociendo, tenemos todo el tiempo del mundo.

Tras unos instantes en los que nos abrazamos buscando evadirnos de un mundo hostil, injusto e incierto que nos espera al otro lado de la puerta, anclándonos al presente el ritmo constante de los latidos de nuestros corazones, Kurt se levanta y dándome un último beso marcha a cumplir su parte del plan.

Tres horas. Ciento ochenta minutos. Diez mil ochocientos segundos. Demasiado tiempo sin tener noticias de Hunter. Ese era el plan. Esperar una maldita llamada que no quiere sonar en mi móvil. He intentado infructuosamente ver la película que había preparado, escuchar música, hacer meditación, contar las ventanas del edificio de enfrente (lo dejé cuando llevaba sesenta y dos y mis ojos ya no sabían si había contado el mismo piso dos veces seguidas). La espera e incertidumbre me habrían llevado a mordisquearme las uñas si no fuera porque ellas pueden salvarme la vida. La noche se ha echado encima, y miles de luces se han prendido a mis pies. Farolas, coches, locales de ultramarinos. La vida continúa, pero a mí me da la sensación de que se ha congelado.

Tengo un presentimiento de fatalidad rondándome el corazón, hay algo que no va como debiera, estoy segura de ello, y como si recibiera una descarga decido encender la televisión y voy pasando canales, machacando el botón, hasta que paro en uno que está retransmitiendo una última hora de sucesos. Aparece la reportera, hablando frente a lo que parece un edificio en llamas. Su gorro de pelo negro tiene miles de motitas blancas de la nieve que está empezando a caer. A su espalda se reflejan las luces azules, blancas y rojas de los coches de policía y del camión de bomberos que está intentando salvar algo lanzando chorros de agua con la manguera. Pero de nada de ello soy consciente, incluso soy incapaz de entender lo que está diciendo la chica, no por el idioma, sino porque estoy en estado de shock. El edificio a su espalda con el ladrillo rojo, las ventanas altas y la escalera de emergencia, sería el típico edificio neoyorkino, si no fuera porque ese en concreto es el que abandoné hace menos de cinco horas.

Un golpe en la puerta me saca del trance en el que me encuentro viendo cómo las llamas furiosas van lamiendo los marcos de las ventanas. Varios golpes siguen al primero activando mis músculos y a trompicones me acerco a la mirilla para ver al otro lado a Chase.

—Dios mío, Nuria, menos mal que estás aquí —me dice con voz afectada tan pronto como abro la puerta, y accediendo a la casa me abraza—. Ha habido una filtración, no sé quién habrá sido, estaba en la planta baja cuando alguien ha lanzado un ladrillo desde la calle rompiendo una ventana, y rápidamente han tirado algo en llamas y ha empezado todo a arder. He podido salir de allí, mas he sido incapaz de contactar con Hunter o Kurt. Por eso, he venido hasta aquí esperando encontrarte.

—¿Pero entonces, qué hacemos? ¿Mi hermana?

—Ven conmigo Nuria, aquí no estás a salvo. Kurt está al descubierto, a no ser que él haya sido la filtración. Y si ha sido Hunter, él también conoce tu paradero. Vamos, nos tenemos que ir lo más rápido posible. —Me urge tirando de mi mano.

Y de esa forma salimos del edificio, corriendo, sin mirar atrás, no sea que por echar un vistazo sobre nuestro hombro veamos algo que nos convierta en estatuas de sal como le pasó a la mujer de

Lot.

Llegamos ante un monovolumen negro, y antes de que pueda pensar siquiera en lo que está pasando una puerta lateral corredera se abre y soy empujada sin miramientos a su interior, cayendo en el suelo de este, rápidamente alguien coloca en mi cabeza una bolsa de tela, mis brazos son estirados bruscamente hacia mi espalda para atar mis muñecas con una brida, y tras ello un golpe en la cabeza me deja inconsciente.

Un murmullo llega a mis oídos desentumeciendo mis sentidos.

—Nuria, despierta.

Un terrible dolor en la sien derecha me palpita y siento el cuerpo agarrotado.

—Venga Nuria.

Intento moverme, pero no puedo. Me duelen también los hombros y la espalda.

—Nuria.

Esa voz...

—¿Julia? —susurro intentando salir de la neblina en la que me tenía sumida la inconsciencia.

—Shh, sí hermanita soy yo.

Por fin consigo abrir los ojos. Lo primero que hago es buscar a mi hermana. Ahí está, por fin la he encontrado. Sin embargo, mis ojos horrorizados contemplan lo que han hecho con ella. Su pelo de color rojo está sucio y apelmazado. Un ojo completamente hinchado y morado. Una marca de lo que probablemente es sangre seca le marca la comisura de la boca. Huellas moradas y verdes a lo largo de brazos y piernas. Está sentada en el suelo, en ropa interior, intentándose abrazar, mas una de sus muñecas está atada a la pata de la cama contra la que apoya la espalda.

—Julia... —sollozo— ¿qué te han hecho?

—No pasa nada Nuri, pero ¿qué haces tú aquí?

Por dónde empezar, me pregunto. Han pasado tantas cosas desde la última vez que hablamos, que las ilusiones, los planes y la inocencia con la que los hice se han visto resquebrajados, como si un espejo hubiera caído al suelo, y los fragmentos desperdigados y afilados me cortaran lenta y profundamente. Cómo cambia la vida en tan poco tiempo.

—Supongo que lo mejor es que empiece por el principio.

Y con un suspiro comienzo a relatarle todo lo que me ha pasado desde que puse un pie en el aeropuerto JFK de Nueva York. Julia me deja desahogarme, sin interrupciones, sin gesticular. Ni sorpresa, ni enfado. Sólo sus lágrimas gemelas a las mías responden a las pequeñas alegrías, a la incertidumbre, al miedo, al despecho y al amor que voy desgranando con mi relato. No sé cuánto tiempo me lleva explicárselo. Al terminar ya no hay más lágrimas que derramar, una relativa calma se asienta en mi corazón, asimilando los hechos y las circunstancias en las que aún estamos inmersas. Al menos ya estamos juntas. Y en nuestra mirada puede leerse la determinación de salir de esta. Juntas.

Nos sumimos en un cómodo silencio. Cada una en su particular mundo. Mi mente viaja una y otra vez hacia Kurt. Me pregunto dónde estará, si estará bien, si podrá venir a por nosotras.

—Lo siento.

El susurro de Julia me arranca de mis pensamientos. Hay tanto dolor impregnando esas dos únicas palabras. La observo, sin embargo, ella está mirando a un punto indeterminado del suelo.

—¿Te acuerdas cuando hace dos años te llamé y te pedí un tiempo? —Ante mi asentimiento prosigue en voz queda—. Me tenían pillada, Nuri, me detuvieron y me acusaron de actividades delictivas por las que podía ingresar en la cárcel, no sé cuántos artículos, normas y leyes infringía, la perspectiva que me dibujaron era muy, pero que muy negra. Por suerte Hunter encontró mi perfil y me ofrecieron una salida. Así es como empecé a trabajar para la NSA. Como comprenderás no era algo que te podía contar por teléfono, y de por sí me exigieron no hacerlo, tenía que ser una tumba. Y créeme, Nuri, fue la mejor decisión que he tomado en la vida. Hace unos meses comenzamos con este caso, y al poco reclutaron a Kurt. Al principio creía que era un auténtico capullo prepotente, engreído y chulo. Sin embargo, hubo algo que cambió mi percepción de él. Me enteré investigándole, sé que no se debe hacer entre compañeros y menos por los medios que utilicé, que era hijo de diplomáticos alemanes, pero no de los de despacho, sino de los que no tienen el respaldo cuando lo necesitan. Prácticamente fue criado por la abuela materna que vivía en un pueblecito de Alemania, ya que los padres estaban siempre viajando. Cuando tenía doce años, una noche en la que sus padres habían encontrado un hueco para ir a verlo, un ruido lo despertó en medio de la noche. Alertado por los golpes y gemidos que escuchó, se levantó y salió de su habitación para dilucidar el motivo. Kurt fue testigo de cómo su padre estaba pegando a su madre, según el testimonio que aparece en la denuncia de la policía, la madre estaba atada en una silla, desnuda, mientras que el padre la golpeaba una y otra vez con el puño cerrado. Al parecer en uno de los golpes la silla se venció y cayó al suelo, por lo que comenzó a propinarle patadas en el pecho. Cuando Kurt pudo reaccionar ante la dantesca imagen, se acercó hasta el atizador de la chimenea, asiéndolo y dejándolo caer sobre la cabeza del padre, muriendo en el acto. Cuando la abuela de Kurt consiguió llegar hasta el dormitorio, despertada por el alarido de aquél, se encontró al chico abrazando a su madre y empapándose el pijama con la sangre del padre. La madre no pasó de esa noche.

Julia detiene su relato, dándome tiempo para asimilar tan horrible y cruenta historia. Mi corazón llora por ese adolescente, por la situación terrible a la que tuvo que enfrentarse. Decidiendo utilizar la fuerza contra su propio progenitor. Siendo testigo del asesinato de su madre.

—Por lo que puede comprobar, Kurt creció con la culpa de no haber sabido proteger a su madre, a pesar de no haber estado en su mano, ya que lo desconocía por completo. Sus padres no pasaban más de dos o tres días cada vez que iban a visitarle, y dichas ocasiones no superaban la media docena al año. Durante los siguientes años fue aprendiendo técnicas de defensa personal y ataque, como el Jiu-jitsu, el Aikido o el Muay Thai. Cuando alcanzó la mayoría de edad se vino a los Estados Unidos para estudiar en el MIT en el campo de las ciencias, se licenció cum laude en químicas, y bueno, era tan brillante que enseguida lo reclutaron desde Langley.

—Él me reconoció que no sabía qué te hizo cambiar tu forma de tratarle, yo creo que hasta te tenía miedo —le susurro con una sonrisa triste.

—Es un buen hombre, Nuri. Y sí, cada vez que le hablaba de ti le cambiaba la cara. Yo fui la que le pedí que cuidara de ti en Nueva York.

Nos hemos quedado adormiladas cuando la puerta de la habitación se abre a mi espalda. Intento girar la cabeza, no obstante, estoy tan bien atada a la silla de brazos y piernas que me es imposible.

—¿Ya estás despierta, querida? —Resuena la voz de un hombre con un acento muy marcado—. ¡Qué suerte la mía! Vender a dos hermanas seguro que tiene un precio extra.

Según va hablando, el sonido de sus zapatos se va acercando hasta que siento su presencia a mi espalda. Coge un mechón de mi pelo y oigo como lo huele.

—Quizá tenga que probar la mercancía antes, ¿no crees?

—Atrévete y te arranco las pelotas.

—Vaya, la gatita tiene uñas. No te preocupes, a ti te reservaré el potro, no voy a permitir que uses tus manos contra mí. ahora tenemos pendiente otro asunto que resolver. Así que vais a acompañarme. Por las buenas, ¿habéis entendido? —advierte con voz dura, intimidatoria—. Adam, Juryj, llevadlas a la sala.

Adam y Juryj, ambos son altos, con las cabezas rapadas, pómulos marcados y ojos azules. Tienen los cuerpos tan musculados que son incapaces de juntar los codos al tronco. Los reconozco enseguida, aparecían en las fotografías de Julia que cogí de su apartamento. Claramente son hermanos y para mi desgracia lo que les sobra en anabolizantes les falta en delicadeza. Uno de ellos tira de las bridas que sujetan mis muñecas a la silla en la que me encuentro sentada, hasta que consigue romperlas. Tengo los brazos tan entumecidos que el intentar colocarlos en una posición normal provoca un latigazo que me recorre los músculos dormidos. Sin miramientos me agarra de los hombros y me pone en pie, para acto seguido volver a atarme las manos con una nueva brida, esta vez por delante del cuerpo. A mi hermana, el otro *mala bestia*, le desata la mano que la retenía a la cama y le tiende una bata para cubrir su parcial desnudez. Una vez tapada, le ata las manos como a mí.

—Andando —dice el que está junto a mí, y por si no me hubiera quedado claro me da un empujón para que inicie la marcha.

Salimos de la habitación en la que nos encontrábamos precedidos por uno de los hermanos y cerrando la comitiva por el otro. Tras recorrer varios pasillos amueblados en un recargado estilo clásico que me recuerda a un palacio francés, con mucha voluta, mucho dorado y mucho exceso, llegamos ante una puerta doble de madera oscura muy brillante. Tan pronto como nos acercamos, éstas se abren de par en par invitándonos a acceder al interior de la sala donde nos espera un hombre sentado tras un escritorio enorme.

El despacho, con una gran cristalera al frente, se abre a una terraza ligeramente iluminada. A través de los cristales se aprecia que aún es de noche. Las paredes, pintadas en color crema, están salpicadas de cuadros abstractos. A la izquierda, una chimenea encendida y sobre ella una enorme

televisión de pantalla plana anclada a la pared. A la derecha un sofá y un par de butacas rodeando una mesa de mármol, completan la decoración. A parte de la luz de la chimenea, una única lámpara sobre el escritorio, iluminan la estancia.

Tras el escritorio, con la cara afilada, los ojos grises y demasiado juntos, y con el pelo engominado hacia atrás, se encuentra nuestro anfitrión. Vasíliev. Con el cuerpo ligeramente echado hacia delante, y las manos encima de la mesa con los dedos entrecruzados, nos observa fijamente. En uno de sus largos y delgados dedos llama la atención un anillo de oro con un sello cuadrado.

—Parece mentira que seáis hermanas, la diferencia de altura es notable, así como la forma y el color de vuestros ojos. Pero no estamos aquí para hablar de vuestro físico. Veamos si me sois de utilidad. Desafortunadamente para vuestro futuro, sabéis demasiado de mí y de lo que tengo entre manos, sin embargo, estando vivas me vais a generar ingresos, por lo que no os mataré. Pero no puedo decir lo mismo de nuestros siguientes invitados. Juryj —exclama mirando al guardaespaldas que me desató de la silla—, tráelos.

Mientras el aludido sale por la puerta, Vasíliev levanta la solapa de una cajita de madera que tiene encima de la mesa y saca un puro. Tranquilamente, y como si se tratara de un ritual, le quita la vitola, lo huele a lo largo y utiliza un cortapuros dorado que coloca al lado de la caja. Instantes después se lo lleva a la boca y comienza a encenderlo con una cerilla. Tras varias caladas seguidas para prender correctamente el puro en su diámetro, exhala lentamente el humo. Cuidadosamente, retira la ceniza generada rozándola contra el borde de un cenicero de mármol blanco. A pesar de los movimientos calculados un ligero temblor en la mano delata su inquietud.

Pasados unos minutos, la puerta situada a nuestra espalda se abre, momento en el que Vasíliev decide ponerse en pie.

—Bueno, pues ya estamos todos reunidos.

Antes de poder girarme hacia la puerta, Adam nos empuja a Julia y a mi hacia el lateral de la sala, allí nos sienta en el sofá de cuero y nos une pasando una nueva brida por las que ya tenemos sujetando las muñecas. Una vez se aparta de nosotras me quedo sin respiración ante lo que ven mis ojos.

En primer lugar, está Chase, el cabronazo que me ha vendido, que nos ha traicionado y ha puesto en peligro muchas vidas. Está de pie, en el mismo sitio que antes ocupábamos mi hermana y yo, con la cabeza gacha y claramente nervioso, esperando mientras abre y cierra los puños y secándose de vez en cuando el exceso de humedad en los pantalones. ¿Cómo nos ha podido engañar de esta manera? Parecía realmente un buen chico.

Mas no detengo mis ojos en él por muchos tiempo, pues al otro lado de la sala está Kurt. Nuestras miradas se encuentran. Al principio un gesto de asombro cruza su rostro al verme frente a él. No debía de saber que Chase me había traído hasta Vasiliev.

—¡Hijo de puta! ¿Por qué les has entregado a ella? ¡No tiene nada que ver en todo esto! —grita colérico, mientras mueve su cuerpo intentando deshacerse de las ataduras.

Antes de que pueda dar ni un paso, Juryj le dispara con un taser, a lo que Kurt se paraliza y se dobla de dolor, apretando las mandíbulas.

Observo que está sangrando por múltiples partes de su cuerpo. Mantiene los pantalones vaqueros desgastados con los que salió del apartamento, pero gotas de sangre aquí y allá rompen el monocromatismo azul del mismo. Tiene las manos atadas a la espalda, y una cadena con argollas sujeta sus pies, como si fuera un reo. Un oscuro moretón en el pómulo derecho, la nariz torcida y con restos de sangre seca, un línea roja atravesando su cuello, marcas cuadradas de quemaduras en el pecho, como si hubieran usado un desfibrilador, son muestra más que suficiente de que le han estado torturando. Si en unas pocas horas les ha dado tiempo a esto, ¿qué no le habrán estado haciendo a mi hermana?, me pregunto mirándola con una mezcla de horror y arrepentimiento por no haber sabido llegar antes a ella.

—Como iba diciendo, ya estamos todos reunidos y espero mayor colaboración por vuestra parte —indica Vasiliev mirando alternativamente a Julia y a Kurt—. Creo que ya sois conscientes de quién os ha delatado, ¿verdad? Muchas gracias, Chase, por su colaboración.

—¿Dónde está mi sobrina? Me prometió que la liberaría si colaboraba.

¿Sobrina? A ver, yo no lo conozco a penas, y no sé nada de su vida, pero por el imperceptible cambio en la mirada de Kurt, y el ligero movimiento de hombros que hace mi hermana, me hace pensar que ellos sí saben de su existencia, y que la pregunta de Chase los ha impactado.

—Me temo que eso no va a poder ser —contesta Vasiliev agitando la mano con la que sostiene el puro como si hubiera un mosquito importunándolo.

—Cabrón, ¿dónde la tenéis? ¡sólo tiene cuatro años! —estalla intentando abalanzarse contra el

ruso, mientras Juryj le retiene sujetándolo de los brazos.

—Lamentablemente alguien se ha encaprichado de ella en este tiempo. Pero no te preocupes, hasta llegar a su destino irá acompañada por nuestras hermanas aquí presentes —termina señalándonos con un gesto de cabeza a Julia y a mí—. Además, no estás en condiciones de exigir nada. El acuerdo consistía en que me entregabas a todo el equipo y me facilitabas toda la información que les llegase. Sin embargo, por un lado, falta un miembro, al que hemos intentado rastrear y es como si se lo hubiera tragado la tierra. Y, por otro lado, no has hecho los deberes, hay lagunas en tus informes. A pesar de todo, y contrariamente a lo que creía, tu final nos va a resultar tremendamente útil. —Una sonrisa sombría surca su rostro mientras coge su móvil y realiza una llamada—. Te lo mando.

Acto seguido Juryj, saca un arma de su cintura y encañona a Chase, obligándole a moverse.

—Suelta a la niña —suplica, con la voz rota de dolor, antes de que Juryj cierre la puerta a su espalda.

Noto cómo las lágrimas se me acumulan en los ojos. Maldita sea, entiendo el comportamiento de Chase. Tienen secuestrada a su sobrina. ¿Qué futuro le espera a esa pobre niña? Me juro, que haré todo lo que esté en mi mano para ayudarla, para conseguir que escape, o al menos, que le hagan el menor daño posible. No, eso no. Tengo que salvarla.

Observo que mi hermana tiene la cabeza agachada, derrotada. Todo por lo que ha debido de pasar, y la impotencia de no poder hacer nada ahora la está destrozando. Mi hermanita. La chica mordaz y de fuerte carácter ha desaparecido. ¿Volveré, acaso, a verla sonreír?

Es curioso cómo a veces sentimos que nos observan. Como si las células de nuestro organismo reaccionaran ante la mirada de los demás, mandando señales a nuestro cerebro para actuar y responder. Un ligero cosquilleo me avisa de ello, por lo que giro mi cabeza encontrando los ojos de Kurt fijos en mí. Siento cómo me pide perdón. Veo su amor y su preocupación. Y, así mismo, el arrepentimiento de haberme involucrado en esta locura. A pesar de lo cual, locura habría sido no conocerle. Antes no era consciente, pero desde que lo conozco mi corazón volvió a latir. Intento decirle sin palabras lo mucho que lo amo, que no hay nada que perdonar.

Un golpe rompe el momento y giramos nuestra vista hacia Vasíliev.

—¡Alegrad esas caras! Vais a ser testigos directos del destino de quien os ha traicionado. Michael, o quizá prefieres que te llame Kurt —señala con sorna—. ¿Te acuerdas de las reuniones con la empresa de la que simulabas ser su representante?

Ante la simple mención de dichas reuniones, Kurt cuadra los hombros alertado, aunque un gesto de dolor cruza por su rostro tras el movimiento.

—¡Cómo avanza la ciencia y la tecnología! ¿Verdad? Pero, como comprenderás, debemos hacer ciertas pruebas previas.

No, no, no. Empiezo a negar con la cabeza. No pueden hacer lo que creo que está sugiriendo. ¿O sí? Kurt, ha debido de entender lo mismo que yo pues aprieta la mandíbula mientras abre los ojos de forma desorbitada.

—¡Oh, vamos! No seáis tan sensibles. ¿Os ha traicionado y sentís compasión? Pensé que en la CIA formaban a hombres de verdad. Veo que en realidad los americanos sois unos blandos. Os falta vodka en la sangre —termina riendo—. Dicho lo cual creo que es un buen momento para brindar.

Vasíliev se levanta enérgicamente de la silla y se acerca a un cuadro, tras tirar de él descubre un pequeño frigorífico encastrado en la pared. Saca un vaso pequeño y una botella de, presumiblemente, vodka. Volviendo a la mesa empieza a sonar un móvil, a lo que Vasíliev, una vez

depositada la botella y el vaso, busca su móvil en la americana y responde.

—Es el momento —proclama mientras se sirve un chupito de líquido transparente.

Acto seguido, abre un cajón del escritorio y saca un mando a distancia con el que enciende la televisión. Instantes después aparece en pantalla una silla parecida a la que todo dentista tiene en su consulta, pero tiene ciertas diferencias, como correas para sujetar manos y piernas. Se puede escuchar el golpe de una puerta y varios pasos. Acto seguido se ve a Juryj sentado a Chase y apretando las correas para que no pueda moverse.

El sonido del replicar de unos tacones se va incrementando hasta que una cara conocida aparece en pantalla, ocupando prácticamente la totalidad de esta. Tras la cámara se posiciona con una gran sonrisa la doctora Madison Lane.

El cielo, a través de la cristalera a espaldas de Vasíliev, se va tornando en un azul añil, pronto y de manera inexorable la oscuridad dará paso a un nuevo día, mientras la vida de innumerables personas tocará a su fin.

Siento cómo mi corazón golpea frenéticamente en mi pecho. Un vacío provocado por el miedo me oprime la boca del estómago. Mis horrorizados ojos no consiguen despegarse de la pantalla, donde un exánime Chase espera el cumplimiento de sentencia.

Hace breves instantes hemos podido ver cómo Madison acercaba una banqueta y se sentaba cerca del brazo inmovilizado de Chase, tras hacer un gesto a su espalda, un hombre vestido con bata blanca le ha tendido una bandeja con una jeringuilla que a simple vista se la veía más grande de lo habitual.

Noto un cosquilleo en mis manos, cómo me empieza a faltar el aire y soy consciente que estoy al límite de caer desmayada.

Un chasquido llama mi atención, al parecer no soy la única que lo ha sentido, y por la cara de Vasíliev es algo que no se espera. De repente, la televisión y la lámpara del escritorio se apagan, sumiéndonos a todos en una parcial oscuridad, sólo rota por la creciente claridad previa al amanecer y del fuego proveniente de la chimenea, convirtiendo la habitación en un juego de sombras. Vasíliev comienza a dar órdenes en ruso, con la voz claramente nerviosa. Unos pasos amortiguados por la alfombra se dirigen apresurados a la puerta, pero ésta debe de estar cerrada porque oigo cómo Adam forcejea con el picaporte y la golpea intentando derribarla. Segundos después, ésta estalla. Infinidad de destellos de luz se cuelan rasgando la oscuridad y el humo provocado por la detonación.

Una sombra se cierne sobre Julia y sobre mí. Sin darnos tiempo a reaccionar nos corta las ataduras, cuando una segunda persona aparece agarrándonos a cada una del brazo y dirigiéndonos hacia la salida. Rápidamente vuelvo mi cara hacia donde debería estar Kurt, llamándolo. No quiero marcharme sin él, sin embargo, quien me guía no tiene las mismas intenciones. Procuro soltarme sin éxito para volver atrás y entrar nuevamente a la sala, cuando el ruido de varios disparos me paraliza, lo que aprovecha mi acompañante tirando de mí, guiándome por pasillos carentes de iluminación. Noto cómo me empuja de un lado a otro, con precisión, mientras yo voy enredando mis pies por la falta de visibilidad. Varios disparos más resuenan a lo lejos. Golpes y voces se mezclan. Cuando creo que no voy a ser capaz de dar un paso más, mi guía me hace dar un último giro para encontrarnos frente a la puerta principal de la vivienda.

Tan pronto como traspasamos el umbral, el foco de los coches de policía y las luces estroboscópicas de las ambulancias nos ciegan temporalmente. Rápidamente, dos sanitarios sustituyen a los hombres que, totalmente vestidos de negro, con gafas de visión nocturna y un rifle en la mano libre, se despiden con un gesto de cabeza y vuelven a entrar dentro de la casa.

Mis ojos vuelan a mi hermana, quien con lágrimas en los ojos se abalanza contra mí y nos fundimos en un abrazo, mirándonos a la cara repetidas veces, asegurándonos de que no es una ilusión creada por nuestros agotados cerebros. Unos gritos nos devuelven a la realidad y girándonos observamos cómo varios hombres cargan con un tercero, quien desmadejado sobre los hombros de aquellos es arrastrado hacia una de las ambulancias.

—Nuria...

El susurro de Julia me confirma lo que mis ojos ven y mi corazón quiere rechazar. Con movimientos torpes, producto del estrés y del miedo, me dirijo hacia dicha ambulancia, mientras me repito que no puede ser él, que no puede estar pasando esto. Cuando estoy a unos pasos del vehículo un cuerpo me corta el paso. Alzando la mirada observo cómo el desconocido se quita el pasamontañas revelando su identidad.

—¡Hunter!

—¿Estás bien? —Me mira colocando sus manos en mis brazos.

—¿Quién es el de la ambulancia? —cuestiono ignorando su pregunta.

—Nuria, intenté sacarle de allí, pero...

No hace falta que diga más, con un tirón me suelto de su agarre y corro los pocos metros que me separan de Kurt. Rápidamente un sanitario me detiene colocándose frente a mí, mientras otro cierra la puerta trasera de la ambulancia.

—Los siento, no hay tiempo. Lo tienen que operar de urgencia para extraer una bala alojada en el tórax.

Mi hermana, quien no se ha separado de mí en todo momento, me sujeta fuertemente cuando nota que me fallan las piernas. Mientras, Hunter empieza a gritar exigiendo un coche.

No recuerdo haber entrado en el coche, ni el trayecto hasta el hospital. Mi mente sólo puede visualizar a Kurt. Cuando no era más que un extraño super atractivo desembarcando de un avión. O con el skyline de Nueva York a su espalda desde el restaurante al que me llevó a cenar. A sus manos recorriendo mi piel. Su boca acariciando mi cuerpo. Haberle conocido ha supuesto una constante montaña rusa de emociones. Deseo, engaño, anhelo, despecho. Pero ahora mismo, después de todo lo vivido y lo sufrido, cuando estoy esperando en una sala aséptica de un hospital, cuando ya por fin tengo a mi hermana a mi lado, lejos de todo peligro, soy consciente de que lo amo, y de que, si la operación a la que le están sometiendo no sale bien, no tendré fuerzas para ponerme en pie nuevamente.

—Hunter —llama Julia suavemente—, ¿qué ha sido de Vasíliev?

—Muerto. Ya no podrá hacer más daño— contesta cogiéndole la mano y acariciándosela.

—¿Y la sobrina de Chase? —intervengo.

Hunter agacha la cabeza y se pasa las manos por su rubio pelo, peinándose mientras coge aire, al expulsarlo levanta la mirada y la posa primero en mi hermana y después en mí.

—La niña está bien.

—Menos mal —suspira Julia.

—Nuria, te debo una disculpa.

—¿A mí? No entiendo.

—Verás, como sabes Kurt iba a reunirse con Madison. Tenía que mandarnos un mensaje a las nueve de la noche, para confirmar que todo iba bien. Sin embargo, nunca llegó ese aviso, por lo que tuvimos que modificar nuestro plan. Verás, el que Chase fuera hasta casa de Kurt y te entregara a Vasíliev, entraba dentro del plan—confiesa apurado.

—¿Qué plan? ¡No me dijisteis nada de eso!

—Lo sé, y era lo mejor. En principio no íbamos a actuar de manera tan drástica, pero se nos escapaba de las manos. Sin Kurt y sin la información estábamos a ciegas. Debíamos actuar sin dilación. Así, además, aprovechábamos el chantaje al que estaban sometiendo a Chase.

—¿Sabías lo de Chase? —interrumpe Julia asombrada.

—Sí, sólo me lo había comunicado a mí, para que el equipo no llegara a albergar nunca sospechas hacia él. Suficiente estaba cargando él como para añadir que el grupo le mirara susceptiblemente.

—Entonces, decidís entregarme como símbolo de buena voluntad de Chase hacia Vasíliev.

—Efectivamente.

—¿Y el incendio?

—Yo tenía que morir en él. Así nos asegurábamos de que todos estuvieran con Vasíliev, y no pululando por la ciudad en mi búsqueda.

—¿Entonces seguiste a Chase?

—No, eso habría sido arriesgado. Como te sacó arrastras del piso de Kurt, no tuviste oportunidad de ponerte la bufanda que inhibía los localizadores que llevabas encima. En cuanto estuvieron quietos en el radar, movilicé todos los refuerzos y salimos en vuestra búsqueda. Gracias además a tu manicura sabíamos lo que estaba pasando dentro de la casa.

—Oh...las uñas —gimo mordiéndome el labio—, ¿escuchaste la conversación que tuve con Julia?

—Sí. Pero podéis estar tranquilas, las maneras poco ortodoxas que tiene Julia de recabar información seguirán siendo secretas —aclara mientras le guiña un ojo a mi hermana—. No he transcrito esa parte en el informe a los superiores.

—Gracias —murmura Julia.

—Pero incluso con toda la información y, a pesar de que intentamos hacerlo lo más rápido posible, por poco no conseguimos evitar el asesinato de Chase.

—Un momento, ¿está vivo? —exclama mi hermana.

—Sí, está vivo —confirma satisfecho—. Ahora mismo está con su sobrina y su familia.

—¿Y Kurt? —pregunto en un susurro—, ¿qué pasó en esa habitación?

Mi hermana se acerca a mí y me abraza, acariciando mi pelo y mi espalda con su mano.

—Cuando llegué a la habitación fui directamente a desencadenarle mientras varios miembros de los SWAT fueron a reducir a Vasíliev. Intenté sacarle de ahí, pero obstinado como es Kurt, me quitó el arma de repuesto de mi cinturón y se fue hacia él, sin embargo, a través de la terraza accedieron varios miembros de la seguridad privada del ruso, disparándonos. Antes de ser herido, Kurt consiguió abatir a Vasíliev.

Tras el relato de Hunter, nos sumimos en el silencio. Asimilando todo lo que nos ha pasado, las circunstancias que nos han rodeado y nos han llevado hasta donde nos encontramos en este momento. Tan ensimismados estamos en nuestros pensamientos, que no somos conscientes de la aparición, en una pequeña televisión que cuelga del techo, del presidente de Estados Unidos, quien, tras saludar sonriente a los congregados frente a la Casa Blanca, procede a indultar al pavo afortunado.

Pasados unos minutos, la puerta de la sala de espera en la que nos encontramos se abre dando paso a una mujer de mediana edad con uniforme y bata médica. Con gesto agotado se dirige a nosotros.

—¿Familiares o amigos de Kurt Müller?

Tres años después.

Con paso apresurado Alfonso se dirige hacia mí, tirando de la mano de una sofocada Julia.

—¡Madre mía! Creo que acabo de ver a Leonardo DiCaprio en la sala de al lado —cuchichea emocionada Julia mientras se cuelga de mi brazo.

—También está Angelina Jolie con su nuevo novio, quien está tremendísimo, aunque yo sigo siendo más de Brad Pitt —confiesa Alfonso colgándose de mi otro brazo.

—Björn Östberg ha invitado a la flor y nata de la sociedad americana —les confirmo con una sonrisa y una ceja levantada—. No todos los días se inaugura una exposición de fotografía como esta.

El reconocimiento de Naciones Unidas por nuestra labor nos ha puesto en el candelero, por ello esta noche se congregan tanto quienes apoyan y colaboran en labores humanitarias como los que simplemente aparentan dicha preocupación y sólo buscan aparecer en la foto.

La sala de exposiciones está repleta de gente vistiendo sus mejores galas. Camareros de negro van sorteando con sorprendente facilidad a los invitados mientras ofrecen ligeros aperitivos o bebidas. Mientras tanto, al otro lado de la gran pared de cristal del local, los primeros copos de nieve de la temporada caen sobre Manhattan.

—Bueno, ¿y cómo te encuentras? —me pregunta Julia preocupada.

—Cansada, el recopilar las mejores imágenes de estos años, maquetarlas, buscar el local idóneo, el montaje...

—No me refiero a eso Nuri.

—La respuesta a ello también es cansada, pero no te preocupes, es algo que pasará más pronto que tarde —asevero con cariño, dándole un beso en la mejilla—. Voy a salir un momento a despejarme. Por cierto, creo que Chris Evans estaba por aquí —les susurro y con una carcajada los veo marchar con los ojos bien abiertos buscando a su alrededor.

Antes de salir, recojo mi abrigo del guardarropa y me tapo mi maravilloso vestido azul klein. Me enamoré de él desde el momento en que lo vi en el escaparate. De corte imperio, con cuerpo de terciopelo y falda vaporosa de seda.

A pesar del frío que hace, la calle está a rebosar. Acción de Gracias ya ha pasado, y queda poco para la Navidad, por lo que los neoyorkinos se afanan con las compras navideñas. Camino procurando no tropezar con nadie, mientras doy pasos cortos intentando calentar mis pies, y es que, aunque llevo unas maravillosas Pretty Ballerinas con cristales Swarovski, no es el calzado más adecuado para la nieve que empieza a cuajar en las esquinas.

La fiesta de hoy la siento como una celebración doble. Por un lado, es el resultado del esfuerzo conjunto de un elenco de fotógrafos de renombre internacional, entre los que, sorprendentemente,

me encuentro yo. Por otro lado, hace unos días salió, finalmente, la sentencia contra Levan Meskhi, Madison Lane y Pharell Peterson. Cadena perpetua.

Después de todo lo ocurrido, Julia consiguió desligarse de la NSA, y ahora tiene su propia empresa de ciber seguridad. Todo legal. Con una cartera llena de clientes y proyección de ampliar el negocio. Tiene la sede aquí en Nueva York. Ha cambiado las vistas de la Casa Blanca por las de la Gran Estación Central y el edificio de MetLife.

Hunter sigue dentro de Seguridad Nacional, necesita la adrenalina y le apasiona el trabajo. Aunque Julia y yo estamos convencidas de que su motivación tiene más que ver con la sustituta de mi hermana. Una impresionante mulata de ojos verdes que no demuestra sentirse nada impresionada por nuestro surfero. Él por su parte, argumenta que es la mujer de hielo. Tenemos nuestras apuestas de cuándo se les caerá la venda de los ojos. Y no pasan del verano.

Chase, tras una excedencia de seis meses, durante los cuales se centró en su sobrina y su familia, consiguió un puesto como asesor en telecomunicaciones para el candidato a la presidencia que ganó las elecciones el año siguiente, por lo que tenemos visitas guidas y privadas siempre que queremos a la Casa Blanca. ¡Vaya cuartos de baños se gastan allá!

Y yo, qué decir, la vida me ha cambiado bastante desde entonces. Tengo un trabajo con el que me siento realizada, además de que me reporta unos buenos ingresos y puedo permitirme un apartamento cerca de Central Park, ¿quién me iba a decir a mí que terminaría viviendo aquí? Por otro lado...

—Disculpe, ¿está usted sola? —Una voz a mi espalda rompe el hilo de mis pensamientos.

—Me temo que no, siempre voy acompañada —contesto girándome mientras acaricio con mi mano enguantada mi prominente barriga.

—¿Y podría unirme? —me ruega Kurt con una sonrisa llena de cariño.

Kurt, estuvo una semana en coma inducido. La bala se incrustó en una costilla que, por el impacto se partió y perforó su pulmón izquierdo, quedando a pocos milímetros de dañar su corazón. La operación fue un éxito y la recuperación lenta pero satisfactoria. Condecorado, al igual que el resto de la división, con la Medalla de Honor por el propio presidente de los Estados Unidos, decidió retirarse y venir a vivir a Nueva York conmigo. Desde hace unos meses, colabora activamente con varias asociaciones neoyorkinas de ayuda contra el maltrato.

—Sólo si me besas.

—Tus deseos son órdenes para mí, señora Müller.

FIN

ACERCA DEL AUTOR

Ana Agudo, es soñadora vocacional, nacida en Madrid (España), en 1982.

Tras varios cursos de Escritura Creativa y Relato Corto, donde se engloba su libro *Palmeras sobre el mar*, ha dado el salto a la novela con *Un encuentro casual*.